

E-32
VILL

RESEÑA

DE LOS

acontecimientos políticos y militares

DE LA

PROVINCIA DE GUAYAQUIL

desde 1813 hasta 1824

(inclusives)

POR EL

JOSE

GENERAL VILLAMIL



REIMPRESO EN QUITO

TIP. DE LA ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS

1909

DEDICATORIA



vosotros, dignos descendientes de aquellos hombres heroicos que tanto han contribuido á la Independencia Sud-americana, dedica las pocas páginas que siguen.

Vuestro viejo amigo,

José Villamil.



ADVERTENCIA



A petición de varias personas que no han tenido parte en la revolución efectuada en la ciudad de Guayaquil el 9 de Octubre de 1820, pero cuyos padres que han pasado á mejor vida, tiempo hace, han figurado con lujo en ella; me he dedicado á copiar de mis apuntaciones la parte que concierne á esa revolución y sus resultados; y la confío á un amigo para que la haga imprimir en Lima.

INTRODUCCION

UN vínculo casi imperceptible, pero poderoso, existe siempre entre los hombres nacidos en un mismo continente, cuando se encuentran en otro; así es que vemos á los europeos mirarse como compatriotas en América, cuando en Europa se miran con indiferencia, ó con enemistad: así mismo los americanos se tratan como hermanos en Europa, sea cuál fuere la distancia que separe sus respectivas tierras natales.

Me hallaba en Cádiz en 1810: á ese vínculo debí, sin duda, la satisfacción de haberme ligado de amistad con el distinguido mejicano D. Francisco Lorenzo de Velazco. Este caballero me presentó á D. Manuel de Sarratea, de Buenos Aires.

Sarratea era como de treinta años: grave, meditabundo, hombre de peso: Velazco y yo lo escuchábamos con respeto.

Velazco podía ser como de veinte y seis años: era de imaginación ardorosa: hombre de cabeza, y corazón.

Yo, luisianés, acababa de cumplir veintidós años: no sé lo que soy ahora: menos puedo saber lo que era entonces.

La intontona de Miranda (a) sobre Venezuela, aunque desgraciada, había producido su efecto en las colonias españolas. Los franceses ocupaban casi toda la España: Quito y otras populosas ciudades de América se agitaban: la ocasión parecía favorable: la rebelión de las colonias era el tópico de nuestras conversaciones.

Sarratea nos ofreció un almuerzo en su alojamiento.

«Amigos, dijo, nuestros hermanos se están esforzando en sacudir el yugo colonial: la «sangre americana corre ya. Es vergonzoso para nosotros el estar pasando una vida ociosa en la patria de los señores de la «nuestra.—¿Sois capaces de consagraros á la «causa americana?»

Velazco se estremeció de gozo: yo respondí que se me podía poner á prueba. Nos abrazamos é hicimos el juramento de consagrarlos á la causa de las colonias de origen español. Sarratea fue nombrado jefe de ese embrión de conspiración. He sabido después que en la misma época D. Simón Bolívar que ganó después el gran nombre de Libertador de Colombia, Perú y Bolivia, y D. Vicente Rocafuerte que fue Presidente del Ecuador, habían hecho el mismo juramento en Roma, y otros en diferentes puntos de Europa. Esta coincidencia nada tiene de sorprendente: la independencia de las colonias estaba en todas las cabezas americanas: debieron todos pensar de la misma manera.

Convenimos en que Sarratea volvería á Buenos Aires, Velazco á Méjico y yo á Venezuela donde tenía dos hermanos influ-

yentes, á trabajar según lo permitía el terreno; y en escribirnos con disfraz. Este es el primer paso que he dado en el campo revolucionario; y á fe que no sé por qué lo he dado. Con la anexión de mi país á los Estados Unidos, había dejado de ser colono: estaba acostumbrado desde mi infancia, como se verá después, no sólo á respetar sino también á amar la España; pero la empresa era grande, atrevida y peligrosa; y cuanto lleva esos caracteres halaga á la juventud. De resto, séame permitido decirlo, se sabe que la pusilanimidad no es el defecto de los louisianeses acostumbrados desde sus primeros años á luchar con tigres y panteras.

Llegado á Maracaibo en Venezuela principié á trabajar con descaro: escribía cartas sobre cartas: mis maniobras fueron descubiertas: mis cartas interceptadas; pero gracias al valimiento de mis hermanos y á la compasión que mi juventud inspiró al General Millán, Gobernador de Maracaibo, no fué fusilado, como bien lo merecía. Mis hermanos me alejaron de Venezuela, ya en combustión.

Explicaré el respeto y el amor que le tenía á la España desde muy niño; pues aunque he hecho la guerra á esa noble y valerosa nación, me agrada siempre recordar el afecto que he tenido y tengo aún por ella: y también para referir uno de mis actos en España que me ha dejado ufano hasta hoy. Cuanto á mis actos desfavorables los callaré: me he decidido á morir sin confesión.

Mi padre era ya de alguna edad cuando vine al mundo; fuí por consiguiente su orgullo: me llevaba á todas partes y tales eran las consideraciones que sus amigos le dispen-

saban que cuando le invitaban á alguna reunión nunca faltaban de decirle «tráigase á Pepito».

Tendría de seis á siete años: comíamos en casa de Mr. Cornie, cuya esposa era íntima amiga de mi madre: se tuteaban, cosa no muy común de Nueva Orleans.

Se habló de los ingleses, como se hablaba entonces de los cuenigos: luego de los españoles, de los austricbiens: yo comprendí «autres chiens» y deduje que los franceses que estaban á la mesa decían que los españoles eran otros perros.

Ciego de cólera iba dejando la mesa, haciendo rodar el taburete en que estaba sentado. Mi padre me alzó del brazo diciéndome con enfado, ¿qué es lo que haces niño? Contesté con calma y resolución: «Papá: si Ud. tiene á bien permitir que á sus paisanos se les trate de perros (chiens) en su presencia, yo no lo puedo sufrir». Sorprendidos de esa contestación, todos los de la mesa me colmaron de elogios: los señores llenaron mis faltriqueras de dulces secos; y recibí ahí mi primera lección de geografía, haciéndome entender que no se había dicho autres-chiens sino austricbiens, nombre que se daba á los nacidos en un vasto imperio llamado Austria del que un gran rey de España había sido emperador. Se restableció la paz, sin que tuviese que ocurrir á mi cerbatana y mis flechas. Pasemos ahora á España: mi madre, hermosa luisianesa de origen francés: me había inspirado iguales sentimientos por la Francia que mi padre por la España: pero mi orgullo estaba en llamarme ciudadano de los Estados Unidos y en ser á los diez y seis años sargento primero de la primera compañía de ri-

fleros voluntarios de la Luisiana y casi sin igual con el rifle á la cara.

En Cádiz conocí al espiritual teniente del ejército francés Mac Mahon, que no me sorprendería fuese el actual duque de Magenta, si su excelencia tiene hoy setenta y seis años: fuimos amigos.

Yo había sido recomendado por mis hermanos al señor General Alaba (uno de los héroes de Trafalgar, y cuya hermosa frente adornaba una más hermosa cicatriz). La generala me vió bailar uno que otro paso de la Luisiana, (se sabe que los luisianeses no bailan mal) y quiso bailar uno. Dándome toda la importancia que requería asunto tan grave, la dije que convendría enseñárselo siempre que ella se comprometiera á no bailarlo con otro mientras yo permaneciese en Cádiz. Tuvo que someterse á esta dura condición: poco después bailamos en un soirée; y todos los aplausos fueron para la bella discípula sin que nadie se acordara del insigne maestro.

Mi amigo Mac Mahon lo supo; y con aquel rápido pesar de los franceses, me dijo: Pepe, Ud. se halla en una hermosa posición para hacer mucho bien á algunos compañeros míos que están ahora gimiendo en los pontones.

—Cómo así, Mac?

«Atendiéndome: dijo. Después de los aplausos que Ud. ha hecho llover sobre la generala Alaba, nada puede negar á Ud.: su «marido nada le niega á ella. Ud. puede «sacar algunos desgraciados oficiales franceses de los pontones, haciéndoles pasar por «luisianeses. Hágalo mi querido Pepe».

—Con toda mi alma, mi querido Mac, siempre que Ud. no exija que engañe al general ni á mi discípula.

«¿Cómo pudo Ud. sospechar siquiera, dijo mi amigo con enojo, que yo exigiera que Ud. engañara á nadie?»

—Esta misma pregunta esperaba de Ud. mi querido Mac; pero quise tener este nuevo motivo para apreciar á Ud. más. Mañana á la hora de lección me pondré en campaña.

Me abrazó Mac con ojos húmedos.

No hubo lección ese día: la conversación que tuvo lugar entre la generala y yo, revelando su bondadoso corazón: merece que estampe aquí parte de ella.

«Amigo mío, dijo, distante de pedir Ud. un favor al almirante, Ud. es quien se lo va á hacer: mi marido es de aquel muy «corto número de hombres que no dejan escapar una sola ocasión de obrar el bien; «enente Ud. pues con que hará más de lo «que le pida siempre que no crea faltar á «su deber. Hoy mismo hablaré con él de «este asunto, y mañana sabrá Ud. los pasos «que tiene que dar, y desde ahora doy á Ud. «las gracias por la satisfacción que va Ud. «á proporcionar á mi marido».

Tomándola entonces la mano con prontitud la dije: «permítame Ud. mi linda discípula que aplique mis labios á esta mano bienhechora».

Mac me esperaba en el hotel de las cuatro naciones para saber el éxito de la campaña. «Bien sabía yo, dijo, que la generala no podía negar á Ud. cosa alguna; y ahora tengo que admirar su pronta disposición á hacer el bien».

A la hora dada estaba en la pieza de la generala: tampoco se habló de baile ese día. Un asunto de grande importancia para ella la ocupaba: «Faire le bien» como había dicho Mac. «Todo está hecho, dijo sin contes-

tar á mi saludo, y poniéndose en pie tomó mi brazo sin que se lo ofreciera y agregó. «Vamos á la librería». D. Ignacio, dijo, aquí traigo á mi maestro: espero que lo des- pedirá Ud. muy satisfecho; y dando media vuelta á la derecha, me dejó plantado en media librería como centinela avanzado.

«Con qué, sargento, Ud. quiere que yo sea cómplice de sus picardihuelas, no? dijo el almirante afectando seriedad.

«Mi General, contesté afectando «desap- pointment» permita V. E. que me retire: cuando yo esperaba que V. E. me daría las gracias por consentir ya en ser su cómplice me recibe con

«Vamos, caballero, no sea Ud. tan sucep- tible: acérquese, siéntese y fume Ud. este buen habano mientras conversemos»:

La conversación no fue larga: me dijo cuanto tenía que hacer terminando con «es- indispensable que cada petición venga acom- pañada de dos certificados firmados por luis- ianenses que no faltan aquí: cualquiera pue- de firmar con Ud.»

—«Esto más hay, dije, con que después de ser su cómplice, quiere también V. E. que jure en falso?»

—«Jure Ud., jure siempre en casos iguales, que Dios nunca toma cuenta de semejantes juramentos».

—«Me ayudará V. E. á aguantar la pe- nitencia que me imponga mi confesor?»

—«Dígale á su confesor que vaya á rezar su rosario, ó á leer su breviario si no tiene otra cosa que hacer».

El resultado de esta intriguilla iniciada por mi amigo Mac Mahon, empujada por mi discípula y llevada á término por el dig- no almirante D. Ignacio de Alaba; Coman-

dante General del apostadero de Cádiz; fue que doce ó quince, si no más, de los oficiales del ejército francés han vuelto á su país por los Estados Unidos. Debo agregar que ninguno de los Capitanes de los buques que los han llevado ha aceptado el pasaje que ofrecí pagarles.

Al dar las gracias, la última vez, á mi discípula, me dijo: «Yo he ganado mi comisión en este asunto; y la exijo: Ud. me enseñará otro pasito: no?» Linda la dije—mil enseñaré á Ud., aunque tuviese que volver á Nueva Orleans en busca de mi maestro monsieur Pirouette para que me los enseñe». Efectivamente la enseñé otro muy gracioso llamado «Loisieur» y yo lo bailé con ella en Cádiz y en Habana después, en una soirée que me dedicó. Yo la dejé, pues, dos pasos, y ella me dejó un nombre que conservo hasta ahora como mi nombre simbólico. La primera vez que bailé á petición suya me dijo: Yo no creía que un Chactas podía bailar también. «No acepto el cumplimento dije, pero sí acepto el nombre por ser dado por Ud. y lo conservaré toda mi vida». No he faltado á ese propósito, pues hasta ahora me sirve frecuentemente de firma.



Relación histórica

QUITO se hallaba en rebelión abierta: algunos patriotas de Guayaquil se agitaban; pero el Perú los contenía.

Una expedición que hoy sería muy insignificante zarpó del Callao á las órdenes del general D. Toribio Montes en 1813; y después de haber engrosado sus filas en Guayaquil hasta mil hombres, abrió operaciones sobre Quito. El primer combate tuvo lugar en San Miguel de Chimbo: el último en San Antonio de Caranqui: con esta victoria la rebelión desapareció en Quito. El jefe insurgente fue hecho prisionero y fusilado: era el valiente

Coronel D. Francisco Calderón, de la Habana. Era hombre de cuerpo de fierro, de corazón de león, de cabeza volcánica y de alma indomable; un verdadero republicano que no pretendía ser superior á nadie, ni consentía en ser inferior á ninguno. Se ve pues, por este solo rasgo de su carácter moral, que poseía el verdadero elemento republicano. Dejó en Guayaquil su hermosa viuda, que después fue mi hermana política, y cinco hijos: el mayor Abdón Calderón cayó á la edad de diez y ocho años, como cae un valiente, en la batalla de Pichincha, última de la guerra de la Independencia en Quito, como se verá después. (b). La pérdida de ese promisorio joven, fue una verdadera calamidad para su país. A la energía que había heredado de su padre la naturaleza y los cuidados de la madre habían asociado aquella suavidad de modales, aquella sensibilidad que, equilibrando la fuerza de voluntad, encaminan al joven al grande hombre: pero si bien su muerte fue una gran pérdida para su país, cuanto á él, había vivido lo suficiente para su gloria y la del apellido Calderón en la República del Ecuador.

En 1815 un armamento de Buenos Aires, compuesto de dos corbetas y un

bergantín á las órdenes del comodoro Brown, se presentó en el Pacífico y vino á desafiar la escuadrilla española en el mismo puerto del Callao: Después de algunos cañonazos de una á otra parte la escuadrilla porteña desapareció, según parece, no muy satisfecha de la política de su recepción. No había en esa época un solo buque de guerra, propiamente dicho, en el Callao: se procedió con actividad á armar buques mercantes, pero Brown cuyo objeto era el corso, creyó más prudente no hacerlo.

Yo bajaba el río de Guayaquil en Febrero de 1816, en una goleta que estaba á mi disposición: al amanecer me hallaba frente á la isla Verde, cuando crecía la marea. El Capitán de la goleta me avisó que muchos barcos estaban fondeados en Puná, y reflexioné que nunca se habían visto nueve velas en Puná en un mismo día y á la misma hora: era pues la escuadrilla porteña con sus presas. Escuadrilla asaz, fuerte para hacer mucho daño á Guayaquil tomado de sorpresa, pero muy débil para producir y sostener un movimiento revolucionario.

Brown me habría dejado pasar; mi carácter de ciudadano de los Estados

Unidos me persuadía de ello: más habría hecho: me habría dado las gracias por la continuación de mi marcha (teniendo tiempo para contramarchar), que la entregaba la rica ciudad de Guayaquil sin el menor preparativo de defensa: pero la idea de entregar, con indolencia, á tantos amigos que dejaba en Guayaquil: mejor dicho, una población entera á manos de un atacante cuyas intenciones podían preverse, sin hacer cosa alguna en su favor me avergonzó; retrocedí, no sin perjuicio de mis intereses.

Brown no se había movido, pero al momento que vió la goleta ascendiendo el río, se puso en persecución con el bergantín y una goleta presa que había armada.

A las 10 principió á variar la marea; si me hubiese visto obligado á fondear, Guayaquil habría sido sorprendido; pero una fresca brisa del Sud, cosa rara en Febrero, y á esa hora, la salvó.

Brown ganaba sobre mí: me habría probablemente alcanzado antes de poder informar á la ciudad del peligro que la amenazaba. Era, pues, necesario contenerlo en su marcha, haciéndole perder la creciente de la tarde.

Oreyéndole por demás buen militar

para dejar una fuerza cualquiera á retaguardia en un río sujeto á marea y de muy lenta bajada, me acerqué á la batería de Puente de piedras que tenía seis ú ocho cañones y catorce hombres de guarnición, al mando de un sargento de las milicias urbanas, llamado Canales. Vino el sargento á bordo, le ordené en nombre del Gobernador, mandase inmediatamente un posta por tierra á Guayaquil, é hiciese fuego á los dos buques que estaban á la vista. Seguí mi marcha, como á las ocho de la noche: Canales abrió sus fuegos: los buques no contes- taron con artillería; pero poco después un vivo fuego de fusilería principió entre la batería y los botes. Había conseguido mi objeto, Brown había fondeado; la marea no le alcanzaba ya para sorprender la ciudad, y yo llegaba en tiempo para ponerla en armas.

Como á la media hora de haber principiado el tiroteo, una gran llamada me avisó que Brown celebraba su triunfo pegando fuego al galpón que, decorado con el nombre de cuartel, servía para sombrear quince milicianos que había dispersado, después de una resistencia que no esperé.

Llegué al fondeadero á las once de

la noche. En la ciudad se había oído la detonación de los cañones, el posta que Canales había despachado acababa de llegar: El Gobernador, brigadier D. Juan Vasco Pascual, antiguo amigo mío, dió entero crédito al parte que le dí: cuarenta hombres del real de Lima era toda la fuerza veterana que se podía oponer al atacante; pero á las dos horas el batallón «milicia de Guayaquil» estaba formado á las órdenes de sus dignos jefes el Coronel D. Jacinto Bejarano y Teniente Coronel D. José Carbo; y á estos dos valientes jefes que despreciaron, á tiro de pistola, la metralla de 9 cañonazos de á 18, se debe la victoria que se obtuvo al siguiente día á las once.

El tiempo que el atacante había perdido en Punta de piedras le faltó para efectuar la sorpresa meditada: como á las once, una marea casi llena se presentó; pero ya era tarde.

Dos cañones situados como á una milla de la ciudad al mando de D. Juan Ferrusola antiguo oficial de marina, ahora empleado civil, principiaron el combate. «Póngame Ud. dijo Brown al práctico que había sacado de Puná, á tiro de pistola de esa batería»; «Señor, dijo el práctico, la marea está al vaciar: la ventolina es

del Norte, si el buque falta á virar irá á la costa». Obedezca Ud., dijo Brown, si ama Ud. su vida. Vivo fuego de artillería por una y otra parte. El antiguo amigo de mi padre, Ferrusola sostuvo bien la reputación que se había hecho en Nueva Orleans al mando de la hermosa galiota Cocodrilo que hacía anualmente los viajes al alto Missisipi en comisiones del gobierno: el bergantín baró como le había previsto el práctico: el medio batallón de la derecha continuaba sus fuegos, mientras el de la izquierda abordó al bergantín á nado, bayoneta á la boca. Este rasgo de valor intimidó á los atacantes: la cubierta fue abandonada, la mitad de la tripulación pagó con su vida la temeridad del jefe de la escudrilla; la otra mitad fue salvada por el humano D. Manuel de Jado. Brown fue de estos últimos.

Los rasgos de humanidad valerosa deben ser recordados al lado de los del valor militante: previendo Jado la matanza que seguiría á la toma del bergantín, se tiró á una canoita que no podía ofrecer seguridad ni á un gato:

Se hizo conducir á bordo y brincando al entre-puente gritó: "muchachos; estáis manchando vuestra victo-

ria: cuártel á los vencidos». Estas palabras, proferidas con voz imponente, por un hombre imponente de suyo, hicieron caer las bayonetas de las manos de los vencedores. He visto, sin haber estado á bordo, lo que acabo de referir.

La goleta que se había contentado con hacer unos pocos tiros, aprovechando de la vaciante y de la ventolina favorable, fue á llevar á Puná la noticia del descalabro del jefe de la escuadrilla.

El Gobernador quiso que yo conversara con Brown, preso en la misma casa de la Gobernación.

Después de las salutations de ordenanza, el prisionero tomándome la mano, dijo: Espero señor que mi vida no corra peligro, supuesto que encuentro aquí un inglés influente. «No soy inglés, señor, contesté, soy de los Estados Unidos, y amigo de todo hombre que se halla en la posición de Ud. no creo su vida en peligro y si es cierto que tengo alguna influencia en el país será empleada en obsequio de Ud.» Pidió permiso para esbribir á su segundo: le fue concedido. A la hora de comer fue invitado por el Gobernador á su mesa.

La escuadrilla no había perdido

más que un buque. Ella se componía todavía de la gruesa corbeta. Hércules, de la corbeta Alcón y de la goleta. Además podía armar la hermosa fragata Consecuencia de la carrera de Cádiz que había apresado al entrar al Callao. La ciudad esperaba pues un nuevo ataque y se preparó á recibirlo. Uno de los preparativos fue una compañía de voluntarios, fuerte de ciento y más plazas, organizada por la juventud de la ciudad que me hizo el cumplimiento para mí muy honroso de nombrarme su jefe. Es remarcable que D. Vicente Roca que fue después Presidente de la República del Ecuador, y D. Fransisco Lavayen que llegó á ser jefe del estado mayor general del ejército, fueron el primero soldado; y el segundo primer Teniente de esa compañía.

II

LA escuadrilla no tardó en presentarse: se fondeó fuera de tiro. Aquí recibí una severa lección. El batallón milicias se hallaba en el mismo punto en que había apresado al bergantín. El Coronel Bejarano me dió la orden de situarme en una pampita frente al enemigo. Mi Coronel, dije sin refle-

xión, nada hay en esa pampita que me pueda proteger entre los fuegos enemigos: me van á despedazar la compañía". «Y ¿qué protección tengo yo aquí?» dijo el Coronel con aquella severidad propia del momento; «marche Ud. Capitán». Conocí que más había merecido: me puse en marcha dirigiendo una mirada al segundo jefe, Teniente Coronel Carbo como para decirle, «sea Ud. mi padrino: desenoje al Coronel»: me contestó con otra llena de bondad: comprendí que me decía. «Deje Ud. esto á mi cuidado». La compañía marchó con brío.

Dos comisionados desembarcaron El Coronel Bouchard y el médico Sandford propusieron devolver ochenta y tantos prisioneros españoles y todas sus presas, menos las fragatas Consecuencia y Gobernadora, por la persona de Brown, y los supervivientes del combate. Después de algunas discusiones la propuesta fue aceptada. El brigadier D. Juan Manuel de Mendiburo, relevo del gobernador Vasco Pascual, era del número de los prisioneros como también el señor Altolaquirre contador mayor destinado á Lima, y varios jefes distinguidos. He creído siempre que este incidente inclinó el ánimo del digno Vasco Pas-

cual á aceptar la propuesta. Hubo excitación en el pueblo: se me ordenó escoltar á los comisionados al embarcadero, frente á los buques, como también á Brown; cumplido que fue el convenio por parte de la escuadrilla.

Un pueblo que toma las armas por primera vez; que se expone en pampa razã á la metralla de un bergantín bien armado: que aborda ese buque á nado por bien barado que haya estado, y que dejó caer sus armas á la voz de un hombre sin autoridad pública, no podía ser menos que apasionado, valiente, dócil y humano. Comprendí desde luego que un pueblo tal sería una grande adquisición á la causa de la independencía. Hablé de ello á la juventud con menos reserva que hasta entonces y bien pronto conocí que esa juventud sólo esperaba una ocasión favorable.

III

EL gran día de Guayaquil se acercaba. No puedo hablar de ese día, sin hacer saber cuanto ha contribuído á precipitarlo una preciosa niña de trece años; sin tener la menor idea de ello.

Había en Guayaquil como mil y quinientos hombres de guarnición.

El antiguo batallón granaderos de reserva	600
Medio batallón milicias de Guayaquil	200
Un escuadrón caballería de Daule	150
Una brigada de artillería . .	200
Siete lanchas cañoneras con tripulación	350
	<hr/>
	1500

El hermoso batallón primero de Numancia, después de haber hecho la campaña de Venezuela, había sido destinado á la del Perú. Tal era la moral de ese cuerpo, compuesto de venezolanos, que en toda la marcha de Venezuela al Perú no había dado el menor motivo de queja.

Tres de sus oficiales se hallaban en Guayaquil de regreso á Venezuela con la nota de inclinados á la revolución: el Mayor D. Miguel Letamendi; el Capitán D. León de Febres Cordero y el Capitán D. Luis Urdaneta. Con la llegada de estos lucidos oficiales se exitó sobre manera el entusiasmo de la juventud, y desde luego nos pusimos en contacto con ellos y principiamos á trabajar con toda esperanza de buen éxito.

El domingo primero de octubre de

1820, me hallaba de visita á la digna familia del tesorero D. Pedro Morlás. Separado de los demás, conversaba con el tesorero. La niña de quien he hablado, dijo: «¿Será posible que no bailemos esta noche».

“Tú no piensas más que en baile” dijo la madre con tierna severidad.

—“En qué quiere Ud. que piense, dije á la madre, en novenas? y sin esperar contestación agregué, ¿quiere Ud. bailar esta noche, Isabelita? «Si no tenemos otra cosa que hacer, contestó la niña, me parece que» La señora interrumpiéndola, dijo con prontitud; «no le haga Ud. caso, Villamil, que y yo interrumpiendo á la madre dije á la niña: «pues bailaré Ud., y de ahí mismo escribí un billete á mi hermosa mujer Ana Garaicoa, suplicándole se preparase á recibir esa misma noche, mandando invitar á sus parientes y amigos en su nombre, que yo invitaría á los hombres en el mío. Hice la lista de los hombres y se la pasé á mi amigo D. José Antepara quien se prestó á desempeñar la comisión. Cuando leyó la lista dijo: «Veo aquí á los oficiales de Numancia, pero no á los de Granaderos».

«No he visitado á esos señores á su

llegada, contesté, y creo no aceptarían la invitación».

«Déjese Ub. de eso, volvió a decir Antepara. Los jóvenes no se paran tanto en una falta de pura etiqueta que dejen de aceptar una invitación á una agradable *Soirée*: preciso es invitarlos; es de absoluta necesidad reconciliarlos con tantos jóvenes comprometidos en la revolución. Cordero me ha dicho que nada podremos entender si no contamos con los oficiales de Granaderos, que se entienden ya con los de Numancia. Ellos han llegado aquí como opresores: es indispensable que todos los patriotas sepan que al contrario son favorecedores».

«Bien: invítelos pues, excusándome lo mejor que pueda».

Por no servir de estorbo en casa, comí ese día con la familia Morlás dejando á mi mujer y á mi madre, que había hecho venir de Nueva Orleans después de mi casamiento, el cuidado de arreglarlo todo.

Al oscurecer fuí á casa, donde todo estaba listo: una mesa cubierta de dulces secos, frutas y bebidas agradables: otra esperando cosas más sustanciosas para después de media noche. Pregunté por Antepara: se me dijo que estaba en otra pieza muy

retirada: lo encontré cubriendo otra mesa de cosas exitantes.

—¿A qué viene esta tercera mesa? no bastan aquellas dos?

—No se meta Ud. en mis cosas, dijo: esta mesita se va á convertir en la fragua de Vulcano esta noche.

A media noche en punto, la deseada reconciliación tuvo lugar en la "fragua de Vulcano"; jurando todos los comprometidos triunfar ó sucumbir noblemente en la empresa. Debo agregar aquí que se tocó con notable reserva á las cosas exitantes: no era para menos: el caso era muy serio: se había puesto la cabeza en juego. El siguiente día lunes 2 de octubre, hubo junta de conspiradores: como yo era el más formal de toda esa partida de atrevidos locos, la junta me comisionó para pedir al Coronel D. Jacinto Bejarano permiso para proclamarle jefe de la revolución al efectuarla, persuadidos de que su solo nombre contribuiría poderosamente al éxito de ella, desvaneciéndole todo temor en el pueblo: pero el Coronel Bejarano de 1820 no era ya el Coronel Bejarano de años anteriores: de edad avanzada, enfermizo y muy plétórico, había perdido, no su valor que poco después descendió con él al sepulcro,

pero sí, su actividad. Por otra parte era como una humillación para él aceptar la dirección de una grande revolución sin poder ya ponerse á la cabeza de ella y correr los mismos peligros que sus compañeros: en fuerza de esta última poderosa razón desistí. Al despedirme me dijo: «acuérdense, que todo cede al arrojó. Dios proteja á Udes.: les deseo el más completo triunfo».

Ese mismo día por la noche dí cuenta á la junta. Se propuso al Teniente Coronel D. José Carbo, en nada inferior al Coronel Bejarano. Yo me opuse. Había sido recomendado á la distinguida familia Noboa, fue de las primeras que me favorecieron: el señor Carbo era el afortunado esposo de una de las señoritas Noboa: igualmente afortunado padre de una familia que principiaba á crecer. Yo lo miraba con respeto: no quise que se le espusiera á los primeros golpes de la revolución, persuadido de que que sería una de sus más fuertes columnas como ha sucedido después: mis razones fueron apreciadas por toda la junta. Ella me comisionó para hacer la misma petición al Dr. D. José Joaquín Olmedo.

Este distinguido patriota que había

representado la provincia de Guayaquil en España, era un eminente jurisconsulto; un delicioso poeta, un hombre de vasta instrucción, pero estas sobresalientes dotes no bastan por sí solas á constituir un audaz jefe de revolución. Estaba el Dr. Olmedo tan penetrado de ello, que me dijo resueltamente. “Cuenten ustedes conmigo para todo menos para jefe de la revolución: esta parte debe ser necesariamente desempeñada por un jefe militar y de mucho arrojo”. Dí cuenta á la junta al siguiente día martes 3 de octubre; y fuí comisionado para hacer la misma petición al Teniente Coronel D. Rafael Jimena, del cuerpo de artillería, pero no en actividad.

Este valiente é importante jefe se excusó también alegando que habiendo pasado su primera juventud en España; que habiendo recibido su educación profesional en uno de sus colegios y que habiendo hecho su carrera al servicio de esa heroica nación que sin ejércitos, sin recursos y sin armas acababa de triunfar en la lucha más desigual, no podía, aunque muy partidario de la revolución, ponerse á la cabeza de ella, sin incurrir en la nota de ingrátitud respecto á España. Al despedirme me dijo: “mucho siento,

amigo mío, no poder acompañar á ustedes en tan gloriosa empresa: me consuela, empero, la certeza de que no haré falta”.

Dí cuenta á la junta el miércoles 4. En este estado y sin tener yo á quien ocurrir, se resolvió hacer la revolución invocando la sola palabra *Patria*.

IV

ENTRE los oficiales que con lucimiento figuraban en “Granaderos”, se hacía notar el teniente D. N. Álvarez, cacique del Cuzco. Ese cuerpo se componía de esforzados cuzqueños que apenas hablaban el español: la junta encargó al cacique preparar á los sargentos á la revolución.

A la voz de su cacique todos los sargentos se comprometieron, y en la semana todo quedó preparado.

El sábado 9 de octubre, se supo que la revolución había sido denunciada al gobernador (jefe de escuadra D. Pascual Vivero), pero toda su familia era peruana y necesariamente insurgente. No procedió: no podía proceder, sin poner á sus hijos en peligro. Esa misma noche, junta de conspiradores. Se procedió á precipitar la revolución. Me opuse, alegando que nada sabíamos de la expedición que se aguardaba de Chile á

las órdenes del general San Martín. Que nada sabíamos del general Bolívar: que el Perú estaba contenido por veinte y dos mil veteranos que acababa de ver: Quito y Pasto por seis mil: que aunque el triunfo de la revolución fuese completo, podía ser muy precario y que parecía ser más prudente y talvez conveniente á la misma revolución esperar hasta saber algo que nos autorizara á emprender con alguna probabilidad de suceso decisivo, supuesto que teníamos motivos para no temer que el gobernador procediera por un simple denuncia que con facilidad podíamos desvirtuar.

El Capitán Cordero me combatió sin piedad. «¿Cuál es el mérito dijo, que contraeremos nosotros, con asociarnos á la revolución, después del triunfo de los Generales Bolívar y San Martín? Ahora que están comprometidos, ó nunca: un rol tan secundario en la Independencia es indigno de nosotros. De la revolución de esta importante provincia puede depender el éxito de ambos Generales, en razón al efecto moral que producirá, aunque nada más produjera. El ejército de Chile conocerá que no viene á país enemigo, y que en caso de algún contraste tiene un puerto á

sotavento que podemos convertir en un Gibraltar. El General Bolívar nos mandará soldados acostumbrados á vencer; y de aquí le abriremos las puertas de Pasto que le será muy difícil abrir atacando por el Norte. Recordemos que en 812, Cabal y Mac Cawlay no pudieron pasar el Juanambú: que en el mismo, Mac Cawlay volvió, con nuevas fuerzas robustecidas con la presencia del Presidente Caicedo: que fueron batidos en las inmediaciones del mismo Pasto y fusilados poco después: recordemos que en 814 el General Nariño con una fuerza muy respetable marchó de triunfo en triunfo desde Calibío al ejido de Pasto para ser vencido allí, hecho prisionero y remitido á España. Esto basta para probar que Pasto es inabordable por el Norte y que más necesaria se hace la inmediata revolución de Guayaquil, para abordarlo por el Sud». Tuve que ceder á estas poderosas observaciones que justificaron más tarde los sucesos de Jenoy y Bomboná: pues en el primer punto fue destrozada la división del hábil General Valdez en 821; y aunque en el segundo quedó el mismo General Bolívar dueño del campo de batalla en 822, fue casi con

el sacrificio de su ejército que mutilado y con pérdidas muy sensibles tuvo que ponerse en retirada, en la que le alcanzó la noticia del completo triunfo de Picbincha.

Nos faltaba una última reunión para los últimos arreglos: pero no nos disimulábamos el peligro de ella, en razón á la publicidad que el denuncia había dado á la revolución.

Cordero me volvió á acometer. «En ninguna parte, dijo, podemos reunirnos con menos peligro que en la casa de Ud. Usted acaba de ser electo Procurador general: mañana á las doce iremos á felicitar á Ud. Usted nos invitará á comer: beberemos con estrépito á la salud del rey y de toda la familia real, haciendo pedazos las copas, y derramando vino sobre los manteles: condenamos á la horca á Bolívar, á San Martín, á Cochrane y á todos los insurgentes. Si nos vienen á sorprender los acusaremos de falsos calumniantes y ellos pagarán la música».

El Domingo 8 de Octubre á las cuatro de la tarde; á la mesa todos los conspiradores: cuatro esclavos fieles nos servían. Yo les había dicho: «Cerrad los ojos, poned algodón en los oídos y un candado á la boca; y

mañana al amanecer seréis libres». Nadie vino á sorprendernos, pero á las cinco y media, llamada de ayudantes de granaderos. El Teniente Coronel graduado D. Gregorio Escobedo, que para nosotros funcionaba ya como primer jefe de «Granaderos»; dispuso, sin dejar la mesa, que el primer ayudante D. N. Vásquez, también á la mesa, atendiera á la llamada y volviera á dar parte. Volvió en efecto, diciendo que había habido Junta de guerra en casa del Gobernador (Junta de conspiradores en la mía á la misma hora). Que el primer jefe del cuerpo (D. Benito del Barco, español) le había dicho que la Junta de guerra había dispuesto que se tomaran tales y cuales medidas de precaución, por sí era cierto el denuncia: que el objeto de la llamada era sacar el batallón al Malecón. Esto último era muy satisfactorio: Barrios á la cabeza de su batallón era muy temible. Dejamos la mesa preparados á hacer frente á lo peor que pudiera sobrevenir. Los oficiales de granaderos se fueron á su cuartel, los de Numancia á pasearse por el Malecón; los demás conspiradores, no militares, bajaron de dos en dos con el mismo aparente fin. Si en

este estado el Comandante Barrios hubiera intentado tomar la menor medida hostil, habría caído sin duda alguna; habíamos hecho ya demasiado para dejarnos contener por temores más peligrosos que los que la misma resistencia podía presentar. Salió efectivamente el batallón al Malecón, hizo una que otra evolución y se volvió á su cuartel.

Al amanecer, las lanchas que estaban amaderadas á la orilla, bajaron á situarse á la Puntilla: el Capitán de fragata D. Joaquín Villalva, Capitán del puerto, se embarcó.

Como á las diez de la noche volvió Escobedo á casa á decirme que todo estaba listo para las dos de la madrugada. Que todas las partidas sueltas se reunirían á su cuartel, como centro de operaciones, y que ahí me esperaba con los pocos americanos é ingleses que había podido reunir. Se despidió diciendo:—«Adiós, hasta vernos triunfantes».—¿«Tan cierto tiene Ud. el triunfo?» le dije.—«No hay con quién pelear, contestó, ni una sola gota de sangre correrá».

V

UN incidente que el Capitán Cordero manejó con admirable tino, y de que hablaré después, adelantó la revolución como media hora. A las dos en punto del lunes 9 de Octubre del año 1820, oí el grito repetido de *Viva la Patria!* me dirigí al cuartel con mi partida de imprudentes bullangueros: llegué tarde: todo estaba concluído; mi incansable antagonista Cordero con su sangre de fuego, me había privado de toda participación á la última mano, pero mi deuda á Sarratea y á Velazco quedó pagada.

Al aparecer el sol en todo su brillo por sobre la cordillera, Cordero vino á mí corriendo, y obligándome, sin mucha ceremonia, á dar media vuelta, me dijo:—«Mire Ud. al sol del Sud de Colombia». — «A Ud. en gran manera lo debemos», dije. Nos abrazamos con ojos húmedos.

Como á las siete, el Capitán del puerto, sin saber lo que había ocurrido, vino en su falúa á entregarse como ciego: fue arrestado en su propia casa, guardándole todas aquellas consideraciones que siempre merece

el hombre de honor. Entregó las lanchas, menos dos que se negaron á obedecerle, una de ellas fue apresada y la otra viéndose perseguida, encalló cerca de Tumbes.

Como á las nueve estábamos todos frente al cuartel de granaderos, felicitándonos mutuamente: una gruesa columna de pueblo, armado, como se arma instintivamente en iguales casos, había desembocado por la Campana y venía corriendo al cuartel: no había afuera más que dos piezas de campaña; los artilleros corrieron á ellas sin esperar orden, y dirigieron sus cañones á la columna. Esta no se detenía, estaba como á doscientos pasos y ya la mecha iba á ser aplicada. Otra vez Cordero y siempre Cordero, se puso entre la columna y los cañones con los brazos abiertos. «Separad esas mechas» gritó á los artilleros: *Alto*, gritó á la columna, y marchando á ella, paso natural ¿qué significa esto? dijo. «Señor, contestó el que parecía conducirla, se nos ha dicho que las lanchas no quieren someterse, que vienen á metrallar la ciudad, y nosotros venimos á la defensa». Cordero les dió las gracias, les tranquilizó y cesó la alarma.

Mi madre quería mucho á Cordero: viéndola en el corredor de casa fue á recibir sus felicitaciones: la espiritual luisiana tomó el nombre y apellido de su favorito [León Cordero] por materiales del cumplimiento que pensó hacerle, y al verlo le dijo en su mal español: «Monsieur *Corder* ye ne me fiare más á las *Corder*: he vist que saben *quand il leur plait* se converter en *Lions*: «Permítame darla un abrazo, madama Villamil», dijo; y corrió á recibirlo. La señora había descubierto ya que Cordero amaba á la linda reina de la soirée del primero de Octubre Isabel Morlás: al despedirse lo detuvo del brazo y le dijo al oído: «Voy á escribir un *mot* á la «*belle enfant*: ha pasad mala noch *sans douete*». Cordero bajó todo sorprendido al ver que la señora sabía lo que creía él un secreto: así son todos esos pobres enamorados: creen que los demás son ciegos. Debo advertir aquí, que mi madre, aunque hablaba el español sin dificultad, acostumbrada á las terminaciones mudas francesas, nunca pudo hacer uso de las terminaciones llenas y sonoras del español; así es que en lugar de pronunciar Cordero pronunciaba *Corder*, en lugar de no-

che, noch, etc.; debo también advertir que doña Isabel Morlás fue después la señora Cordero madre de una numerosa familia.

VI

CONVENIDO de antemano en que al Dr. Olmedo debía encargársele el Gobierno civil, lo mandó llamar Cordero luego que la revolución aseguró su triunfo, para que principiara á funcionar. Olmedo se excusó con porfía, pero tuvo que ceder, y al amanecer anunció el grande acontecimiento por un bando publicado con la posible pompa, y convocó al pueblo para las diez de ese mismo día, con el fin de que eligiera autoridades. Se reunió en efecto el pueblo y pronunció con entusiasmo el nombre del Capitán Cordero para jefe superior de la provincia, llevándolo en triunfo á la sala consistorial. Cordero se excusó de buena fe y de la manera más decidida: alegando que en su poca edad apenas había aprendido á mandar soldados: pidió que se le permitiera organizar un batallón cuya necesidad era urgente para defender la libertad que acabábamos de conquistar: instado de

nuevo persistió irrevocablemente en su negativa, agregando que desertaría de la causa, antes que tomar el mando.

Confieso que, aunque admiraba su modestia, sentí mucho su terquedad: lo creía muy capaz, y su misma modestia lo indicaba (de hacerse cargo de la situación) pues á pesar de su juventud, se encontraba en él aquel juicio recto, aquella rapidez de talento y sobre todo aquel elevado sentimiento del honor que no espera el número de los años para señalar al hombre el camino que debe seguir en casos espinosos y de interés público; además yo había conocido toda su familia en Maracaibo cuando él iba todavía á la escuela primaria y estaba cierto que de aquel hermoso tronco, no podía salir un vástago malo.

La Junta popular nombró entonces al Teniente Coronel D. Gregorio Escobedo Presidente de una Junta gubernativa, en que le asociaron, como vocales, al Dr. D. Vicente Espantoso jurisconsulto, de conciencia recta y de lucida reputación, y al Teniente Coronel D. Rafael Jimena, que el lector conoce ya. (c) Como Secretario con voto, al Dr. D. Luis Fernando Vivero, casado con una hermana de mi mujer y por consiguiente mi pariente por

alianza y mi amigo por indentidad de principios. Si no temiera que se me tachara de parcialidad al hablar de ese digno amigo que la muerte se llevó, joven aun, diría que pocos juriconsultos le excedían en Colombia, en mérito personal y profesional. Ha dejado á su país una familia muy lucida bajo todos aspectos.

Por disposición de dicha Junta tomé el mando de la goleta «Alcance» de diez carronadas; y ciento y más hombres; y salí al mar el 11 de Octubre en busca del ejército chileno que según noticias vagas debía estar en las costas del Perú.

A mi regreso me encontré con que un mes después, es decir el 8 de Noviembre, se había reunido el Colegio Electoral de la provincia, convocada por la Junta, y había dado una constitución provisoria, nombrando una Junta suprema, compuesta de los Sres. Dr Olmedo Presidente, Teniente Coronel D. Rafael Jimena y D. Francisco Roca, Vocales. El Sr. Dr. D. Francisco Marcos muy joven y que tanto se distinguió por su saber y probidad, fue elegido Secretario de la Junta. Los hombres del 9 de Octubre quedaron desde luego á un lado y un tartufo de aquellos que

abundan pasado el peligro de una revolución, dijo después en mi presencia: que las manos que habían hecho la revolución debían ser besadas y cortadas después. Aviso muy corto, pero muy elocuente. *Contraste muy remarcable.* El mismo día 5 de Noviembre, en que todos los hombres del 9 de Octubre fueron puestos á un lado; y á la misma hora, el Capitán Cordero ascendido á Coronel, por un movimiento muy atrevido á retaguardia del enemigo situado en la empinada posición de «Camino Real», ganaba la victoria de este nombre, secundado por el valiente Abdón Calderón y que el lector conoce ya por haberlo visto vencer ó morir en la batalla de Pichincha. Un paso atrás.

VII

COMO á las dos de la tarde del día 10 de Octubre, en un momento de descanso dije al Capitán Urdaneta, «muy sensible es compañero, que nuestro hermoso cambio no haya podido efectuarse sin derramamiento de sangre ¿no ha podido Ud. salvar al Comandante Magallar?—«Compañero, contestó Urdaneta, el campo de una revolución no es una escuela de mo-

«ral. Al saber Magallar que yo había «penetrado en su cuartel, brincó de «su cama á sus armas: si le hubiese «dejado tiempo de hablar á sus soldados, mía habría sido la suerte que «le cupo: la muerte de Magallar, que «lamento tanto como Ud., era una exigencia esencial del triunfo de la revolución; pero no hablemos más de «esto»; y al proferir estas últimas palabras, el dolor estaba estampado en la varonil fisonomía de Urdaneta.

Llevaba en clases de prisioneros quince de los principales empleados españoles. El Gobernador Vivero, el segundo Gobernador Coronel Elizalde, el primer jefe del batallón «Granaderos» D. Benito del Barrio, el padre Querejasu de San Francisco y otros menos notables. El Mayor Letamendi, comisionado por las nuevas autoridades, cerca del General San Martín iba conmigo. El Capitán francés Savayen que el lector conocerá mejor después, marchaba al siguiente día 12, en busca del General Bolívar.

La vista de tantas personas, que pocos días antes llamaba amigos, y ahora prisioneros y con grillos (menos el Gobernador y el padre Querejasu) me enfermaba: hablé de ello al mayor Letamendi: al momento convino, siem-

pre que yo creyese que se podía evitar una reacción á bordo. Nuestra posición era delicada y peligrosa. Teníamos en clase de prisioneros á los mismos jefes que la tripulación y guarnición del buque estaban acostumbrados á obedecer, y además, el sacerdote que probablemente había absuelto los pecados de muchos de ellos: con todo dije al Mayor «yo respondo de la goleta [siempre que Ud. me conceda dos horas de sueño por veinticuatro. «Despertaré á Ud. á las doce de la noche». «Usted me despertará á las dos: los ocho voluntarios harán la guardia con Ud.» Convino el Mayor, me quiso conceder cuatro horas: no acepté: «De día, dije, haré mis robitos». Entre los ocho voluntarios figuraba en primera fila mi cuñado D. Lorenzo de Garaicoa, (d) hombre muy firme á su puesto y lleno de honor. Hoy es Coronel. Bien ha ganado esta elevada categoría militar.

En seguida del arreglo con el Mayor, los grillos fueron quitados: dejé á los prisioneros las dos cámaras que eran espaciosas y todo el vino; se les servía lo mejor que había á bordo; y les invité á subir á cubierta cuando quisiesen, reduciéndonos el Mayor, los ocho voluntarios, mis oficiales y yo á

la cubierta y á beber agua como patos.

Para evitar los buques de la marina real me separé de la costa cuanto fue necesario, y cualquiera que hubiese visto la goleta «Alcance» en el mar, con tantas personas á popa tratándose familiarmente, nunca se habría figurado que eran insurgentes, conduciendo realistas prisioneros. Así lo dijo el General Viveiro en unos versos, algo marinos, que me obsequió con el antejo que le había acompañado muchos años; y que me robó después uno á quien había dado hospitalidad en mi isla Floreana.

El padre Querejasu tenía una voz llena y sonora: frecuentemente hacía la guardia conmigo y cuando el viento lo permitía, nos regalaba con algunos trozos de música sagrada y otros que había sacado de su colegio los cuales sin ser muy libres no eran muy sagrados: era hombre de iglesia y de salón.

VIII

VOLVAMOS al ardid del Capitán Cordero. El Teniente Coronel D. Manuel de Torres Valdivia manda-

ba la brigada de artillería; su tropa lo quería mucho y con razón. Entre sus protegidos, el de su preferencia era el suboficial N. Nájera, insurgente incorregible, que no necesitaba de su sueldo para vivir. Este quería también mucho á su jefe y lo quiso salvar. Sabía que mucho le gustaba el juego: «Mi Comandante le dijo, los señores A, B y C le convidan á un partido de veinte y cinco onzas en mi casita»: aceptó el Comandante. A la hora convenida, Nájera fue á buscarlo, dejando en su casa dos comprometidos de toda confianza. Al entrar á la pieza del supuesto partido, se le hace saber que está arrestado. —¿De orden de quién?, preguntó.

«De orden de la revolución, se le contestó».

«Es posible, Nájera que. . . Este no le dejó completar la frase. «Mi Comandante, le dijo, no busque Ud. otro «móvil en mí al traer á Ud. aquí «con engaño, que el de poner á Ud. «en toda seguridad: todos los oficiales «y sargentos del cuerpo están comprometidos: Ud. habría intentado «de fender su puesto, y Ud. habría «cedido sin duda. — ¿Quiénes son los que están á la cabeza de la revolución? preguntó: — «Su amigo el Capitán

Cordero es uno de ellos» fue la contestación.—«Llámenme aquí á Cordero». No fue necesario ir muy lejos para encontrar á Cordero.

Después de las reconvenções del caso por una parte y de las justificaciones consiguientes por la otra.—«Déjeme Ud. ir á mi cuartel» dijo Valdivia á Cordero.—«Esto es precisamente lo que quiero evitar»; dijo Cordero. «La revolución no será manchada por una gota de sangre, si podemos evitarlo: Ud. á la cabeza de su cuerpo se opondría á ello y caería indispensablemente: la revolución quiere conservar á Ud.» Se tiró Torres Valdivia en un sillón, y dejó caer la cabeza en sus manos. Cordero se apoderó de las llaves del parque que Nájera había ido á buscar á casa de su Comandante, y en su nombre; y salió dejando al arrestado bien custodiado, y volvió á la obra.

Caminó haciéndole informe uno de los sargentos que el General Viveiro había estado en el cuartel de artillería y que había encargado al oficial de guardia mucha vigilancia.

Sabiendo los conspiradores militares que Valdivia estaba arrestado, y que las llaves del parque estaban en poder de Cordero, resolvieron operar al instante.

Con cincuenta hombres de granaderos marchó Cordero á la artillería, el centinela le dió el *quién vive*. *Refuerzo*, contestó Cordero, y sin detenerse entró en el cuartel: encontró al Oficial de guardia dormido en el suelo, y despertándolo con violencia le dijo: «¿Cómo es ésto? así es que se sirve al rey? No ha estado aquí el Gobernador esta noche? No ha encargado á Ud. la mayor vigilancia? Ud. responderá. . . «Mi Cap, mi Capitán, dispense usted, bus, buscaba». . . El pobre Oficial de guardia, pillado en infragante delito. A todo esto, Cordero lo iba empujando hacia el cuarto de banderas; lo metió dentro, medio dormido todavía, y cerró la puerta con llave, que se guardó en la faltriquera. Mientras esto pasaba, el segundo de Cordero se apoderó de los fusiles de la guardia, y cuando éste acabó de estregarse los ojos, se encontró desarmado. Cordero hizo formar la tropa, la peroró y ésta se sometió: y haciendo yo ahora justicia á Cordero, agrego: «Thal it was vey bravely and cleverly done».

Urdaneta con veinticinco hombres de Granaderos y nueve voluntarios decididos, había tenido igual suceso en el escuadrón: ahí lo esperaban los sargentos primeros José Vargas y Fran-

cisco Pavón, que mucho influyeron en el sometimiento de la tropa, que no hizo resistencia al saber que su jefe había muerto. Al momento mandó Urdaneta sus nueve voluntarios y medio escuadrón al mando de D. Francisco Lavayen, á tomar posesión de la pequeña batería de la Cruz, que sólo tenía ocho hombres de guarnición; voló con el otro medio escuadrón y sus veinticinco granaderos al auxilio de Cordero que encontró descansando sobre sus laureles.

Con estos sucesos, el triunfo de la revolución era ya indudable, sin haber contado hasta entonces con el medio batallón de milicias para haberse creído, talvez con razón; que el denuncia había sido dado al Gobernador por uno de los oficiales de ese cuerpo, que si bien no ha contribuído al éxito de la revolución, tampoco se ha opuesto á ella; debido al Capitán de milicias D. José María Peña, que mucho trabajó en contener ese cuerpo y en preparar las masas á la revolución.

En testimonio de aprecio á los descendientes de los nueve voluntarios que acompañaron á Urdaneta al cuartel de caballería, voy á estampar aquí sus nombres, fueron los señores Francisco Lavayen, José Antepara, y Lo-

renzo Garaicoa, ya nombrados; Baltazar García, Miguel, Manuel y Agustín Lavayen, Manuel Llona y José Ponce. Los más han seguido la carrera militar: el Coronel D. Francisca Lavayen, después de haber servido puestos muy distinguidos en la República, ha muerto ahora dos años en Quito. El Coronel Lorenzo Garaicoa entretenido en la residencia del río de Yaguachi: el Coronel Baltazar García, en su residencia del río grande, ambos apreciados de todos. El Capitán José Antepara, mi digno amigo, cayó como cae un valiente en el segundo Guachi, campo tan funesto para los patriotas. Era edecán del General Sucre que mandó con él una orden á la extrema izquierda de su línea. Antepara tuvo por indigno de su valor pasar por retaguardia de la línea, pasó entre ambas y cayó. No le dió tiempo al General Sucre de contener su imprudencia, apenas recibió la orden, lanzó su caballo y desapareció: no he llegado á saber nunca de qué línea partió la bala que lo mató: el ejército sufrió una grande pérdida con su muerte, la sociedad la sufrió mayor todavía.

La escolta que había ido á aprehender al Gobernador Vivero, estaba manda-

da por el Teniente Rivero de granaderos, hombre resuelto: subió sin que nadie se le opusiera, encontró al Gobernador tirado todo vestido, menos las botas, sobre un catre á media sala: no pudo este señor hacer la menor resistencia, al ponerse las botas dijo: «Toma por gobernar en tierra».

El segundo Gobernador Elizalde, habiendo sabido que Cordero está poseionado del cuartel de artillería, corría á casa del primero; llegó al momento de estar saliendo la escolta á la calle. —¿A dónde va usted? preguntó al primero — Me llevan preso, contestó. — ¿Quién? — Este oficial. — ¿Cómo se atreve Ud., dijo Elizalde á Rivero á llevar preso al señor Gobernador? — Y Ud. quién es? preguntó Rivero. — Qué! no me conoce Ud.; no sabe Ud. que soy el segundo Gobernador de la plaza? — Pues al centro también, dijo Rivero, agregando la acción á la orden: — *Consumatum est*, dijo el General Vivero, sin revelar la menor inquietud. Ahora una palabra de la goleta «Alcance» y de su Capitán D. Manuel Loro.

IX

ERA un klipper de primera marcha. Lo había hecho venir de los Estados Unidos con armas que, aunque insurgente, vendí al virrey Pezuela después de Maipú, y lo vendí á los señores Luzarraga después General y Loro; de temor que una calma cayese en poder de los insurgentes, como habría sucedido ya en varias veces con otros buques. Hacía los viajes de Guayaquil al Callao; Loro era su Capitán. Luzarraga el director de los negocios: hombre ó joven diré con más probidad, de admirable tino, infatigable actividad, y buen náutico.

En una remontada, la providencia que favorecía la revolución, quiso que sufriera una avería en su arboladura y tuvo que arribar á este puerto: Loro estaba ya comprometido en la revolución: Luzarraga, no: ninguno de nosotros se animaba á hablarle de ella, aunque conocíamos que como buen vizcaino, no podía sujetarse á ninguna clase de despotismo; pero hablábamos con toda libertad delante de él, contando con su honor. La avería estaba reparada, y sábado 7 de Octubre la goleta debía dar la vela, pero la

tripulación tenía necesariamente que gastar sus avances. El domingo era día de felicitaciones al señor procurador general. Un día más y ya no había pretexto para detener la goleta; pero en ese día lunes 9 de Octubre, ya no se necesitó de pretexto y el «Alcance» se convirtió en un vapor de guerra para la revolución.

A los 18 días recalamos á Pisco: abí encontré un bergantín: mi primer Teniente pasó á bordo á preguntar al Capitán si sabía algo de la escuadra de Chile: contestó que nada sabía: mandé segunda vez con súplicas: la misma contestación: á la tercera vez le mandé decir que sabía hasta dónde se extendían mis facultades en mi excepcional posición; y que así le suplicaba no ponerme en la penosa necesidad de mandar por su diario. Me mandó un papelito bien cerrado con estas palabras «Al Norte». Hice pedazos el papelito á su vista: lo botó al agua: dí las gracias al informante con la mano y seguí al Norte sin perder ya la costa de vista.

Al siguiente día 31 de Octubre hallándome al amanecer por el trayecto de la isla San Lorenzo divisé por el cabezo Norte un buque de guerra luego otro, luego un tercero, un cua-

to, un quinto. Me acerqué al viento con poca vela para descubrir cuál de esos buques era de más andar, no me fue difícil descubrir que era una fragata: la dejé acercárseme lo necesario para reconocerla bien, y como traía bandera española hice fuerza de vela para darle á entender que huía de aquella bandera. A los pocos minutos conocí que su marcha era muy inferior á la de la goleta, á bolina ajustada.

Conocí todos los buques de la escuadra real: ninguno de ellos estaba ahí: luego la escuadra á la vista no podía ser otra que la chilena, bloqueando al Callao, y la fragata más inmediata á mí, la O'Higgins. Era pues necesario hablar con esa fragata. Hablé de ella al Mayor: "Compañero, dijo, nada tengo de marinero: mi comisión es distinta de la de Ud. Yo sería del parecer de Ud. si no viera esa bandera española. Si son españoles nos ahorcarán sin duda". Esa misma bandera, repuse, es lo que más me persuade de que son chilenos: estamos en un baile de máscaras. "Para mí, continuó el Mayor, todos los barcos se parecen: la bandera es la única que los distingue: pero si Ud. nos cree libres de la horca, proceda Ud. la responsabilidad en este

caso gravita sobre Ud. únicamente. Mandé arribar sobre la fragata. Por disposición de la Junta, y puedo agregar de todo Guayaquil, había desplegado una bandera de cinco fajas orientales, tres azules y dos blancas: En la del centro (azul) tres estrellas.

Como á las nueve, a. m. nos halla, mos á menos de tiro de cañón. La entrada del puerto nos estaba enteramente cerrada por los otros cuatro buques: era pues evidente que forzar el bloqueo no podía ser nuestra intención buscando la fragata, y con todo ella nos recibió á cañonazos. Al momento mandé ceñir en buena vela. Los cañonazos continuaban, pero la fragata se quedaba. El Mayor vino á mí diciendo: ¿cómo explica Ud. esta recepción compañero? En otro que en Lord Cochrane me esforzaría para explicarlo, pero en él no puedo explicarlo. Nada hemos hecho que pueda exitar la menor sospecha en él.—“¿Tan cierto está Ud. que esta fragata es la O'Higgins?—A no poderlo dudar contesté, pero las balas caen ya á popa: pensemos ahora en lo que nos resta que hacer. Ayúdeme Mayor”.—Efectivamente; dijo, á buena puerta toca Ud., Ud. tendrá que pensar por los dos.

Como á las once llamé al Mayor aparte y le dije: “Compañero no podemos volver á Guayaquil sin encontrar el ejército chileno, y lo buscaremos en vano toda la vida, si no nos resolvemos á hablar con esa fragata, cueste lo que costare”.

Ya lo veo dijo, pero la horca? Qué muerte tan fea para un soldado.—“No la tema Ud. por esta vez, compañero: esta es la escuadra chilena bloqueando al Callao”.—“Volvamos pues á la fragata, dijo el Mayor, si está Ud. cierto de que no encontraremos la horca tras ella”. Esta vez nos dejó acercar más, pero luego volvieron los cañonazos con más actividad, otra vez ciñendo sin daño alguno. Esto es inaguantable, dijo el Mayor con cólera: si tuviéramos la mitad de su fuerza, caroles costarían esas tosquedades.—“Mayor se está volviendo marino según veo”. -Esto es capaz de convertir á uno en un Satanás dijo, sonriéndose; pero escucho á Ud. ¿Qué dice Ud. de esta segunda recepción?”

“Digo Mayor que si algo me pudiera convencer de que esa loca no es la O’Higgins sería sin duda lo que acaba de pasar. Sin embargo, recordando en este momento que Galileo dejó la tierra después de la retractación

que hizo para evitar la hoguera”. Con todo, ella es la que gira: digo yo “con todo, ésta es la O’Higgins, pero vamos á recibir el pedazo de pan y queso de costumbre, y después conversaremos”.

Los ocho voluntarios conferenciaban aparte, me mandaron á mi hermano Garáicoa en clase de embajador á proponer que abordáramos la fragata de una vez para salir de dudas. Contesté que nada era más fácil, y menos dudoso que el resultado; pero que nuestra comisión era buscar esa misma escuadra que teníamos á la vista y no pelear, con lo que se conformaron aún impacientes.

Después de haber pensado mucho y pesado las probabilidades, me resolví á jugar el todo por el todo: volví á llamar al Mayor aparte: —“Compañero, le dije, no puedo dejar que llegue la noche sin hablar con esa coqueta: quiero vencerla. Si estuviese solo procedería á todo riesgo; pero estando Ud. á bordo, vacilo”.—“La misión de «Ud. es buscar la escuadra chilena «á todo costo, dijo el Mayor: la mía «no podrá cumplirse sino después de «cumplida la de Ud. Obre Ud. pues «con toda libertad».—Bien le dije, aquí lo único que hay que temer es una ba-

la mal dirigida: evite Ud. esa bala yéndose abajo”:—“Mi deber me clava en cubierta: sino yo iría abajo”,—“Yo ir «abajo? dijo el Mayor con indignación, «á pesar de haberle dicho que yo lo «haría si me era permitido, déme «Ud. á reconocer como jefe de la in-«fantería y si son españoles volaremos «antes que rendirnos».—Usted es un valiente, le dije: quédese en cubierta persuadido de que no habrá más que una descarga y de que si la bala mal dirigida no toca á Ud., pronto recibirá Ud. un abrazo del General San Martín”.

Después de haber preparado todo para la maniobra que había meditado, mandé arribar por tercera vez sobre la fragata. Nos dejó llegar á tiro de metralla y nos saludó con media batería á bala. Su maniobra decisiva fue ejecutada sin dejar á otra descarga, y la goleta quedó sin vela portante. “Buena la ha hecho Ud! dijo el Mayor, sonriéndose: esta vez sí, que «estamos metidos en la ratonera»—No ha habido segunda descarga, Mayor.—Desde luego dijo, pues todavía no he recibido el abrazo del general San Martín.—“No tardará Ud. en recibirlo: de pronto verá Ud. á toda esa escuadra arriar bandera á mi irre-

sistible voz, y luego yo recibiré un fuerte apretón de mano de Lord Cochrane”. La fragata se puso en facha á sotavento: me dejé caer sobre ella con muy poca vela.

Después de las preguntas de ordenanza en español preguntó.

—“Qué noticias trae?”

—No merecen Udes. que se las dé.

—“Qué significa esta negativa?”

—Significa que en lugar de recibirme con triple salva por la noticia que les traigo me han recibido á cañonazos.

—Diga Ud., diga pronto la noticia que nos trae, (con alegría).

—Para terminar de una vez, Guayaquil por la Patria.

—“Arria la bandera española, arriba la nacional; un bote al agua: *viva Guayaquil, viva Guayaquil, viva Guayaquil*, fueron los gritos que se oyeron en medio de una tripulación alborazada: incontenible por conocer toda la importancia del acontecimiento.

—“Mire Ud., dije al Mayor, ya no ve Ud. la bandera española á bordo de ninguno de esos buques”.—¿Quién me metería, dijo el Mayor, á mí, soldado desde mi infancia á porfiar con quien desde la suya anda por agua salada? Para consolarle de su derro-

ta le dije: “acuérdense, compañero, que el Capitán del buque que encontramos en Pisco nos dijo que la escuadra estaba al Norte: luego no podía ser otra que la que tenemos á la vista: Me situé á respetuosa distancia á sotavento de la fragata y llegó el bote con la agradable invitación de pasar á bordo.

Me recibió el primer teniente al portalón: el capitán á la bajada, en la cámara el Lord Cochrane con el apretón de manos que esperé, la siguiente conversación fue en inglés.

“Su nombre, capitán?” Lo decliné. “Háce tiempo que conozco á Ud: “mucho me han hablado de Ud. el Capitán Robinet y otros”.

—Espero Milord que no habrá sido en manera muy desfavorable.

—“Distante de ello, dijo con bondad”.

Contestadas todas las preguntas que me hizo y después de haberse impuesto del pliego que le entregué, dijo: “Dígame Capitán ¿cómo ha tenido Ud. el arrojo de venirse á entregar tres veces á la bandera española con la comisión que trae? No pudo haber tocado cuerda que vibrara en manera más agradable á mi oído: resolví ahí mismo echarle en cara su inexplicable manejo respecto á la goleta, cueste lo

que me costare á bordo de su buque, que en tierra no me habría costado mucho hablarle en otro lenguaje: contesté á su pregunta con esta balacada. Luisianesa Milord: cuando un cazador de la Luisiana llega á ver la punta del asta de un venado no tiene por qué preguntar á dónde está su ojo.

—“Qué! ¿Conoció Ud. dijo con sorpresa, que era la escuadra de Chile “bajo bandera española?”

Esperé el estallido con la contestación que se me ocurrió darle: pero al contrario la recibió muy bien y se disipó mi enojo.

—No Milord, contesté, no conocí que era la escuadra de Chile bajo bandera española; pero sí, conocí que no era la escuadra española bajo bandera de Chile. Lo que parecía decirle: “Y Ud. no conoció que no le traía ningún peligro”.

—“Pues declaro en presencia de estos “señores, dijo, que pocos oficiales habrían desempeñado tan delicada comisión con tanto tino y resolución como Ud., á la vista de la bandera “española, *and under such a fire too*”. No quedé del todo satisfecho con el cumplimiento, y resolví hacerle otro cargo más sensible.

—Cuanto al fuego Milord le dije,

forzoso es convenir en que V. E. no ha andado muy económico: pero ya que V. E. ha tocado este punto permita hacerle una pregunta: ¿por qué tanta zaña con esa pobre goletita que tres veces ha venido á entregarse á V. E. como corza curiosa?

—“Su pregunta está en su lugar y voy á sátsifacerla: el mismo candor de sus maniobras es lo que me ha engañado. Conozco esa goleta; varias veces la he dado caza *and she has always outsailed me*: he creído pues que fiado Ud. en su marcha intentaba engañarme con sus maniobras y forzar el bloqueo aún exponiéndose Ud. á una ó dos descargas; así es que Ud. habrá notado que sólo traté de romper á Ud. un ala: ni un solo tiro ha sido dirigido al casco. A la última descarga: media docena de sacos de metralla habrían barrido su cubierta: no intenté hacer á Ud. el menor daño”. Decía bien Lord Cochrane: no intentó hacer daño á nadie, lo que quería era la goleta sin más avería que un palo menos, á fin de que ningún barco se le escapara en el mar. Tenía ya la Montezuma y la Macedonia: le faltaba el Alcance. Esta explicación disipó mi enojo y le contesté: “Lo noté efectivamente Mi-

lord”. Continuó:—“Tres combates y una victoria decisiva, en un día deben figurar en su hoja de servicios: Si Ud. no hubiese arriado todo el plan á la última descarga, la metralla habría principiado á jugar y Ud. se habría hallado en mucho peligro”.—“Desde que me decidí á hablar con V. E., antes de que oscureciera, me preparé á la maniobra decisiva que hice, tan cierto estaba que esta fragata es la O’Higgins y que V. E. no haría un tiro más, viendo que no intentaba huír”.

—“*You have adopted the worst plan;* pero por qué no lo hizo Ud. desde esta mañana?”

—Porque veía la bandera española y después de todo me imponía.

—“*By God you are right,* dijo con prontitud. Cuánto tiempo precioso se habría perdido si Ud. se hubiese dejado intimidar del todo por ella. Ahora vaya Ud. á Ancón, ahí encontrará Ud. al General San Martín, y dígale que en la noche de mañana sacaré la fragata Esmeraldas del Callao”.

—Permita V. E. que sea de la partida con 50 hombres escogidos.—No puede ser: esto me obligaría á variar mi plan: con los doscientos hombres que tengo

“bien preparados me sobra. Bastante
“ha hecho Ud. hoy: lleve Ud. á Ancón
“la gran noticia que nos trae y que va-
“le más que cien Esmeraldas. Señores,
“dijo á los jefes y oficiales presentes,
“la campaña ha principiado bajo los
“más favorables auspicios: ya tenemos
“un puerto amigo, un astillero á So-
“tavento”. Me despedí acordándome
que Cordero había dicho lo mismo el
sábado 7 de octubre.

Eran las nueve de la noche cuando
llegué á bordo. Ya recibí dije al
Mayor mi apretón de manos de Lord
Cochrane: mañana recibirá su abrazo
del General San Martín. Le impuse
de todo. Con la oscuridad de la no-
che pasé bajo la batería del Lautaro
de cincuenta y más cañones. Sea
que no nos vió ó que conoció que
era el mismo buque que había habla-
do con la O’Higgins, no hizo el me-
nor caso de nosotros; lo que mucho
le agradecí.

Amanecemos frente á Ancón: cal-
ma de espejo. Dos goletas, una la
Montezuma, la otra menor, salieron á
remo á reconocernos. Para evitar
nuevos cañonazos invité al Mayor á
que fuera á bordo: aceptó. Un bote
bien tripulado, á cargo de mi segundo
Teniente lo llevó. Al llegar á bordo

de la Montezuma, ambas bogaron para el puerto.

Entró la brisa: pasé raspando la popa del navío San Martín: no se esperó mi saludo: un huracán de cañonazos anunció á un escuadrón del ejército real, que estaría de observación, que el ejército insurgente acababa de recibir una gran noticia.

Un bote del navío San Martín vino por mí y poco después escuchaba palabras muy agradables de boca del General San Martín y de todos los Jefes del ejército. El Mayor les había impuesto de todo.

Al embarcarme para regresar á la goleta un joven oficial de caballería me dijo en francés:—“Mi Comandante tenga Ud. la bondad de dejarme á bordo de mi transporte á la pasada”. —“Embárguese caballero le dije”. Camino haciendo le dije. —“Capi á la oscuridad no me permite reconocer á Ud: pero su voz me es familiar. ¿No es Ud. el Teniente Rolet, ayudante del Coronel Latabi que ahora tres años conocí en Baltimore en el Hotel Gasdby?”. —“El mismo, mi Comandante, y siguiendo sus consejos es que vine á ofrecer mis servicios á Buenos Aires: me sorprende que Ud. me haya conocido por la voz”. —“Y ¿Ud no me

conoció?”—“Al momento que le ví, y es por eso que me tomé la libertad de pedir á Ud. pasaje.—“¿Por qué pues no se me dió á conocer?”—“porque Ud. no me dió tiempo”.—“Y el Coronel Latabi?”—“Pensaba ir au champ d’Asile cuando lo dejé, nada he sabido de él después.”—“Siento mucho el que no “haya seguido mi consejo como Ud”.

Al siguiente día me visitó á bordo de la goleta: le pagué la visita á bordo de su transporte y nos vimos con frecuencia después. El General San Martín supo que Rolet y yo éramos viejos amigos, y me dió las gracias por haber contribuído á que ese sobresaliente oficial hubiese ofrecido sus servicios á Buenos Aires.

Al día siguiente el General San Martín estaba muy inquieto pensando en la ardua empresa del Lord Cochrane meditada para esa misma noche: muy poco comió á la mesa.

El día después 2 de noviembre más inquieto todavía, me dijo: “Ya la “cosa está decidida: no he pegado los “párpados en toda la noche”. Su inquietud, duró hasta las cuatro de la tarde: estábamos á la mesa: nada comía.—“Si no sabemos algo antes de anochecer será mala señal”, me dijo. Casi en ese momento: no se pasaron

cinco minutos cuando el vigía hizo señal de estar la O'Higgins y la Esmeraldas á la vista.

La brisa era fresca, no tardaron las dos fragatas en fondear. El Lord Cochrane herido pero no de mucha gravedad. El General San Martín pasó á bordo de la O'Higgins. Se dijo entonces que el Almirante y el Capitán de navío Guize no eran amigos; que el primero abordó por estribor, el segundo por babor: que se encontraron en media cubierta y que ahí se reconciliaron. Esto es propio de dos valientes que olvidan los resentimientos personales para asegurar el triunfo de la causa que defienden.

Yo había expresado al General San Martín el deseo de la primera junta militar y de la junta gubernativa de Guayaquil, de que los prisioneros fuesen remitidos al Callao, sin exigir canje de pronto en caso de que no tuviese el Virrey prisioneros insurgentes que dar. Dado este paso le presenté al General Vivero y otros de los más caracterizados y fue entonces que el General Vivero con su invariable buen humor dijo: --“Si señor, el mismo Vivero que fue Comandante General *interino* del apostadero del Callao; Intendente *interino* de Charcas, tesorero

general *interino* del Perú; Gobernador *interino* de Guayaquil: pero ahora prisionero en propiedad". He oído después referir el pasaje de otra manera, no muy favorable al General Vivero: pero á mí me tocaba presentarlo al General San Martín supuesto que yo se lo llevaba. Cualquiera otro que no haya estado tan inmediato al General Vivero como yo, cuando dijo lo que se acaba de leer; no puede merecer más crédito que yo. Lo cierto es que el General San Martín lo recibió con todos los miramientos debidos á su rango militar, á su edad y á su desgracia.

Al subsiguiente día de la llegada del Almirante, la goleta Montezuma llevó al Callao todos los prisioneros: no tardó en volver con el canje correspondiente; pero como el Virrey no tenía ningún General que devolver por el General Vivero devolvió dos jefes en lugar de este General: por no exponerme á equivocación, no digo tres. No tuve la curiosidad de preguntar si el arzobispo mandó el canje del padre Querejasu. Sería un canónigo *bien rosé et bien dodá*, pues su paternidad reverenda era muy buen mozo, bien plantado, como de seis pies de alto, y con muy buena voz de soprano.

Muchas veces me ha pesado el ha-

ber tenido parte en el 9 de Octubre que ha tenido la impertinencia de privar á las beatas de Guayaquil de tan aparente confesor.

Poco después zarpó toda la escuadra para Huacho y desembarcó el ejército.

El General San Martín tuvo la bondad de mandarme una invitación á almorzar á tierra. El almuerzo se componía de ternero asado y galleta no de la más fina. Los utensilios de mesa, cucbillos de punta. El General aseguraba un pedazo de carne, con el índice y el pulgar de la mano izquierda, á fin de que no cayese del azador al suelo después de cortado: lo cortaba de arriba para abajo y lo colocaba sobre la galleta en lugar de plato, de manera á que sobresaliese un pedasito: aseguraba ese pedasito con los dientes afirmando el resto sobre la galleta con el pulgar y con un corte muy diestro de abajo para arriba quedaba el pedasito en la boca: luego siempre con los dientes, desprendía un pequeño segmento de la galleta, para que no perdiera su forma circular y masticaba. Yo hacía lo mismo aunque con temor de cortarme un pedazo del labio inferior ó la punta de la nariz; pero si no me hubiese contenido la vergüenza de revelar que no

estaba al corriente de los usos de las pampas de Buenos Aires, ó de los llanos de Venezuela habría tomado simplemente mi pedazo de carne con la mano izquierda, una galleta con la derecha y los dientes hubieran hecho el resto.

Después de ese poético almuerzo que me recordó los muchos que había hecho en las praderas de mi país con una pierna de venado en lugar de ternero, el General pasó á ver al ejército formado.

Se me cayó el alma á los pies, ó mejor dicho, me dió frío de perro, al ver que con menos de cinco mil hombres incluso como mil mal blanqueados sacados de Pisco, y mil hombres más que al mando del General Arenales consideraba como perdidos por el Cerro de Pasco, se venía á desalojar á veintidós mil veteranos bien mandados. Me decía:—“Con Fernando Séptimo, Numancia, Burgos y Arequipa, basta para desbaratar todo esto”. Me equivocaba. Arenales triunfó y se reincorporó al ejército; y hasta ahora no me puedo explicar cómo es que una pequeña parte de las fuerzas reales no lo han desbandado en su atrevida marcha de Pisco á Huaura, cuando me parecía y me parece aun que

con doscientos buenos tiradores, valientes, briosos y ligeros para evitar ó atacar á voluntad bastaba.

X

VUELTO á la choza el General me hizo las siguientes preguntas: ¿“Se puede temer una reacción en Guayaquil?”—“No mi General, todas las tropas son guayaquileñas y peruanas y el pueblo está decidido”.

“¿Ha dejado Ud. allá elementos de “discordia en fermentación?”—“Ninguno, mi General”.

“¿Piensan emprender sobre Quito?”—“Se habló de emprender al segundo día de la revolución; pero el Capitán Cordero y yo hemos combatido ese pensamiento, no creo que hayan emprendido”.

“Muy mal harán si lo hacen”.

—“Es natural suponer que esperen saber algo de V. E. antes de dar un paso serio”.

--“Así debería ser: prepararse á dar la vela pasado mañana”.

—“Estoy pronto, mi General para el momento que V. E. lo ordene: ¿No convendría que el Galvarino fuera conmigo mi General”?

—“He pensado ya en esto: veremos si el Almirante puede desprenderse de

ese buque ó de otro de los menores”.
—“Mi General, hágame un favor: deme V. E. ciento cincuenta carabinas para organizar un escuadrón”.

—“¿No sirve Ud. en la marina?”

—Prefiero la caballería, mi General

—Mañana los tendrá Ud. á bordo”.

Efectivamente al siguiente día recibí las ciento cincuenta carabinas, más víveres que los que necesitaba: mi despacho de Teniente Coronel y un hermoso caballo, que el General San Martín me obsequió. El Mayor Letamendi recibió su despacho de Coronel.

El día señalado dí la vela solo, no habiendo podido el Almirante desprenderse de ninguno de sus buques. El Coronel Mayor Luzurriaga y el Coronel Guido se embarcaron en clase de comisionados del General, al Gobierno de Guayaquil.

En la latitud de Trujillo como á 20 leguas de tierra avistamos una vela envuelta de tierra á toda vela. Sin variar mi rumbo debía pasar muy cerca de ella. Reconocí en ella la hermosa fragata mercante española Cleopatra: bien armada, bien tripulada y mejor mandada; pero como en el mismo Alcance, me había encontrado en la mar varias veces con ella, conocía

su marcha y no tuve el menor cuidado. Si el Galvarino hubiese estado conmigo, la Cleopatra habría sido nuestra: pero, solo me habría despedazado: con todo, tanto por probar la disposición de la tripulación cuanto para intrigar un poco á la bella, mandé preparar *for action*, un grito de alegría se hizo oír por todo el buque: en un momento todo se preparó: me situé como á tiro largo de cañón y se afirmó la bandera con un cañonazo á bala dirigida por la proa: el Coronel Letamendi, que tanto había temido la horca, ahora en sus glorias, tomó el mando de la infantería, cierto del triunfo, aunque sabía muy bien que el enemigo era tres veces más fuerte que nosotros. La Cleopatra con toldos de popa á proa, con monterillas arriba y batería *masquée*, no hizo el menor caso de nosotros. Esto me picó á lo vivo le mandé otra bala á dar: no alcanzé por supuesto: nada: ni un hombre se vio. Yo más picado todavía: mandé amollar en popa sobre ella como para abordarla por sotavento: evitando su batería de estribor: menos caso todavía, como si no nos viera, y ella misma parecía ser un barco encantado que se movía por sí solo en la mar, y yo comprometido.

do hasta las cejas y casi resuelto. Abordar ese barco que en su misma aparente indolencia revelaba superioridad, era correr á una pérdida indudosa: evitar después de esas gallardas manifestaciones, era caer en el mayor ridículo á los ojos de mi tripulación entusiasmada, de los locos voluntarios, del Coronel Letamendi que se había formado buen concepto de mí, y tal vez de los mismos comisionados: no sabía ya qué hacer: me arrepentía seriamente de mi balacada. Pero mi buen angel vino á mi socorro. El General Luzurriaga, me dijo:—"Su misión ahora no es combatir: es llevarnos con toda seguridad á Guayaquil: hágalo así":—"Será US. obedecido mi General" contesté como mordiéndome los labios, pero muy contento de obedecer la orden. Pasé bien cerca de la Cleopatra mandándole otra bala por la popa. El Comandante de ese buque se estaría sin duda riendo de nuestra retirada mientras nos alejábamos con brisa muy fresca de popa. Supe después que al llegar al Callao, el Bergantín araucano único Bergantín que había quedado frente al Callao mucho más fuerte que el Alcançe y mejor mandado, la atacó: que mientras se le acercaba hizo lo mis-

mo que con nosotros; pero que tan luego como lo tuvo bien cerca lo trató tan rudamente que el araucano se dió por muy bien servido con librarse de ser apresado. ¿Qué tal le habría ido al pobre Alcance si se hubiese metido á farolero? Mil gracias al General Luzurriaga que me sacó del atolladero con todo lucimiento en el concepto de todos los que estaban á bordo. Si examinamos la historia con detención veremos que casualidades de esta naturaleza han contribuido á hacer muchas reputaciones. Si el General Luzurriaga no hubiese estado á bordo el Alcance se habría perdido, pagando muchos hombres con la vida, mi necio deseo de *pinturear*; pues al principio no tuve la menor intención de atacar; pero el desprecio con que la Oleopatra, había tratado al Alcance y la vergüenza de retroceder después de la balacada, me habrían obligado á cerrar los ojos y embestir.

De las tres cosas que el General San Martín temía, dos habían tenido lugar. No había habido reacción desde luego; pero se había emprendido sobre Quito y la discordia progresaba.

La Junta, aunque compuesta de patriotas distinguidos, no podía, en razón de su misma composición, dar el

necesario empuje á la revolución y mucho había que temer. Debo referir aquí, una conversación que tuve á solas con el vocal Roca, hombre de mucho mérito, desde luego; pero que no tenía la menor noción de la guerra.

—“Qué mal han hecho Udes. en emprender sobre Quito”. —“Era necesario emprender al momento, dijo: miles de cartas del interior nos obligaron á ello”.

—“Esas cartas figuran muy poco el día de un combate: mucho temo que” . . . —“Nada tema Ud: nuestras tropas entrarán en Quito pasando bajo arcos triunfales”.

—“Dios así lo quiera, amigo mío, pero tenga Ud. presente que la tropa que acaba de faltar á su deber es la menos apta para combatir contra sus antiguos jefes: la sola vista de los estandartes reales tantas veces vencedores, bastara á desmoralizarla. Temo, pues, mucho que nuestras tropas entren en Quito pasando sobre las horcas caudinas”. El Sr. Roca se rió mucho de mi temor, esforzándose á comunicarme su confianza. Opuse á su risa. Espartaco atacado por Pompeyo.

En revoluciones como en todo, no

puede dejar de haber simpatías personales. Yo había tenido muchas ocasiones de observar la conducta del Coronel Cordero. La agudeza de su talento militar, la fuerza de su voluntad, sus prontas resoluciones en momentos críticos, su lenguaje varonil asociados á mucha suavidad de maneras y carácter atrayente, lo señalaban para mí, como jefe y conductor de la empresa sobre Quito, y sentí que la Junta no le hubiese confiado el mando de las tropas expedicionarias.

XI

A los pocos días de mi conversación con el vocal Roca, llegó la fatal noticia: nuestras tropas habían sido despedazadas por una pequeña parte del ejército real, al mando del Coronel González.

Ya no era caso de perder tiempo en jeremiadas: á invitación de la junta, el General Luzurriaga se puso á la cabeza de las pocas tropas que nos quedaban y se situó en Babahoyo. La Junta dispuso que fuese á servir á sus órdenes, y aunque no tenía ningún motivo de agradecimiento respecto á ella obedecí y tomé el mando de una compañía de caballería decorada con el

pomposo nombre de Escuadrón. Habría sido Escuadrón y también regimiento, pero los hombres del 9 de Octubre, tan mimados, tan meritorios, el día antes de la revolución, tenían las manos cortadas el día después.

Toda la fuerza reunida no pasaba de doscientos hombres; pero el General Luzurriaga supo sacar todo el partido posible de ella, engrosada con algunos comprometidos del interior que se presentaban diariamente: formó y armó algunas partidas de veinte ó más hombres cada una, que volvieron al interior por diferentes caminos á inquietar al enemigo y sostener la opinión: no creo que esta medida fue la que contuvo al Coronel vencedor; pero lo cierto es que en lugar de atacarnos como debió hacerlo se dirigió á Cuenca que ocupó después de otro triunfo no menos importante que el que había obtenido en el arenal de Huachi. En esto entraron las lluvias, y libre la provincia de todo peligro se levantó el campamento de Babahoyo. Los Sres. Luzurriaga y Guido volvieron á su ejército llevándose el sentimiento de toda la ciudad. Como episodio que en nada perjudica á este resumen y puede servir de buena lección á muchos militares que viven de las nacio-

nes en medio de la opulencia y holgazanería, me decido á referir aquí un pasaje en que un oficial ha desplegado el mayor valor moral de que el mundo tiene conocimiento; hablo sin exageración.

Este oficial era de mi cuerpo. Se había empeñado hasta lo último en obtener un despacho de tal. Viendo su buena disposición, su buena figura y su tan gran deseo de servir, le conseguí el despacho de Teniente que era toda su ambición: se aplicó mucho y servía bien.

Una falsa alarma nos puso en movimiento: marchamos al encuentro del vencedor de Huachi: pasamos la noche en pampa. El oficial de que hablo se distinguió por su actividad siempre pronto á cumplir las órdenes que recibía.

Vueltos al campamento me pidió un momento á solas.

— «Mi Comandante dijo, con mucho aplomo, cuando tanto me interesé para que me consiguiera mi despacho y me permitiera servir á sus órdenes inmediatas, creía de buena fe que servía para la guerra, no me había probado todavía; pero con la alarma pasada, me he probado, y he conocido que en el peligro no soy más que un miserable cobarde que

«como de balde la ración. Tal ha sido el miedo que he tenido, cuando creía que el peligro se acercaba, que me habría desertado si no me hubiese contenido el temor de avergonzar al ejército. Así, pues, sabiendo, como lo sé ahora que una gallina sirve más para la guerra que yo, suplico á Ud. me permita devolver el despacho que me consiguió». Lo había escuchado con la mayor sorpresa: lo miré con aprecio y le tomé con el despacho la mano:—«Ud. es un hombre de bien (le dije) que puede servir á su patria en todo menos para la guerra, como Ud. mismo lo afirma, después de haberse probado, yo arreglaré este asunto sin que nadie sepa la verdadera causa de su separación del ejército: finjase enfermo y vuélvase á su casa».—«No necesito fingirlo, mi Comandante, estoy enfermo de muerte; y sólo separado del ejército puedo recobrar mi salud». Al separarnos lo abracé con ternura, admirado su inmenso valor moral.

Esta es la primera vez que hablo de este acontecimiento, único sin duda en su clase, y si me he decidido á hablar de él, después de cuarenta y dos años, es sólo, supuesto que ya no existe y que nadie sabe quien es, para

que sirva de lección á sus iguales.

Al momento de saber el General Bolívar la revolución de Guayaquil dispuso que treinta y cinco veteranos del escuadrón "Guías" uno de los cuerpos más afamados del ejército de Colombia se embarcaron en Buenaventura en una miserable goletita con el General Mires y los Tenientes Morán y Pombo. Llegó el barquichuelo con toda felicidad, cuando no era más que un ahoga gentes; y es difícil expresar la confianza que la presencia de ese puñadito de valientes inspiró á todos los patriotas.

En seguida vinieron llegando á la costa en embarcaciones no menos seguras el batallón Santander como de seiscientas plazas, con el General Sucre, á tomar el mando de las tropas de Colombia y de las que la Junta quisiera confiarle.

Mientras tanto el General Aymenrich Presidente de Quito, no perdía tiempo había elevado su ejército de operaciones á tres mil infantes y ochocientos caballos, y se disponía á invadir tan pronto como las Sabanas fuesen transitables. Las fuerzas del General Sucre no excedían de mil hombres contando con menos de ciento de caballería.

XII

EN mayo de 821 Aymerich invadió con dos mil infantes y sus ochocientos caballos por el camino de Babahoyo, mientras que González invadía por el camino de Yaguachi con el hermoso batallón "Constitución", pero sin un solo hombre de caballería.

Sucre se había situado en la pampa de Yausa más inmediata á Yaguachi que á Babahoyo, á fin de poder atender á ambas fuerzas invasoras. Su posición era peligrosa estaba evidentemente expuesto á un combate doble; pero su objeto era impedir que las fuerzas reales se reunieran. Aymerich no se movió de Babahoyo y perdió todas las ventajas que le daba su numerosa caballería que, por sí sola, bastaba para poner á Sucre en grandes conflictos: esta lentitud de un General como Aymerich que hasta ahora, no había encontrado quien se le opusiera, es inconcebible.

Sucre, cuyo espionaje era muy bueno; supo en tiempo que González se hallaba cerca de Yaguachi: por una marcha forzada ocupó este pueblo y despachó á Mires con doscientos infantes y cincuenta caballos á observar

á González. Por una de esas raras casualidades que de tarde en tarde suceden en la guerra, toda la descubierta de González cayó en poder de Mires, sin que se escapara ni un solo hombre á llevarle la noticia. Por los prisioneros casi todos venezolanos supo Mires que González venía mandando como por país propio; que no traía un solo hombre de caballería, y en lugar de militarise á observar se resolvió á pelear.

Se situó en la pampa de Coni: colocó 50 infantes á derecha é izquierda del camino: ocultos en los altos gramalotales de esa pampa. Sus 50 caballos, de manera á poder atacar la cola de la columna de González después de comprometido el combate, y con los cien infantes que le quedaba se situó á un recodo del camino á fin de no ser visto y recibió la cabeza de la columna, al doblar el recodo. Sus primeros fuegos debían ser la señal de ataque general. Parece que no podía haber dispuesto de su pequeña fuerza con más tino.

González, que creía su descubierta barriendo el camino, iba á ser atacado por frente, flancos y retaguardia. Esto tampoco se puede concebir en un jefe de la reputación de González.

¿Cómo es que no ha sabido á cada momento de su descubierta? ¿Le podía faltar seis ú ocho caballos que le mantuvieran en constante comunicacion con su descubierta desde que se vió en país enemigo ó veinte ó treinta indios que, á su incansable trote, hicieran este servicio manteniéndose siempre á la vista de su descubierta ó á distancia de oír tiros? Esta viziñada caro le costó: su pérdida fue inevitable con semejante confianza. Sobre 400 entre muertos y heridos, sobre 500 prisioneros fueron los resultados de las hábiles disposiciones de Mires y de la negligencia de González que volvió á Cuenca con poco más de 50 hombres. Este triunfo obtenido con fuerzas tan inferiores en número y calidad (pero ahí estaban los 35 guías) fue debido al infatigable celo y al perfecto conocimiento topográfico de otro hermano político mío, D. José Garaicoa, después Coronel. El Capitán Antonio Núñez Pallares que como primer ayudante de ese cuerpo había consagrado á su formación é instrucción se ha hecho una hermosa reputación militar en ese memorable combate, que lo condujo después al generalato.

Sucre le mandó á Aymerich el par-

te de la victoria obtenida por Mires con uno de los oficiales prisioneros. Aymerich quedó aterrado en su sorpresa y emprendió su retirada quedándole todavía fuerzas suficientes para pulverizar á Sucre.

Si el objeto del General colombiano al mandar al General español el parte de la total destrucción de su columna lateral ha sido provocarle á retirarse, temiendo medir sus fuerzas con las enemigas, aunque después de la victoria de Yaguachi, tendremos que convenir en que ha obrado con mucho juicio, pues si hubiese obligado á Aymerich á combatir en las pampas de Babahoyo habría sido despedazado sin duda, por la numerosa caballería española.

Lo que no se puede explicar es que un veterano como Aymerich tan experimentado, y que nunca había sido vencido, haya aventurado una hermosa columna de infantería (sabiendo que tendría que combatir en pampa) distante del cuerpo principal sin darle un solo hombre de caballería, hermana inseparable de la infantería. Esa columna ya que se alejó del ejército, debió haber formado un cuerpo separado capaz de cuidarse de por sí, con la caballería necesaria á hacer

frente á la débil fuerza de Sucre y en este caso este General se habría muy mal parado.

Menos se puede explicar la pereza de Aymerich en Babahoyo. ¿No sabía que la fuerza de Sucre apenas llegaba á mil hombres: que estaba situada en la pampa de Tausa, y que podía atrcarlo al día siguiente de su llegada á Babahoyo? ¿No sabía que González obedeciendo sus propias órdenes debía marchar de Ouenca el día *a*: que el día *b* debía hallarse cerca de Yagua-chi: que Sucre podía atacarle el día *c* con todas sus fuerzas, como á cuerpo menos fuerte de los dos cuerpos enemigos? Si sabía todo esto como era de su obligación saberlo, ¿por qué tan luego como llegó á Babahoyo no marchó en busca de Sucre sino para combatir, si para impedirle de sorprender á González lo que le era muy fácil hacer, con su numerosa caballería, ¿temió acaso que Sucre lo atacara? Buen temor por cierto. ¿Qué más puede apetecer un General sino el que un enemigo que apenas tiene la tercera parte de su fuerza lo ataque dejándole tiempo para escoger su campo de batalla? Si Aymerich con sus dos mil infantes y ochocientos caballos no creyó poder hacer frente á Sucre con

menos de mil hombres, mejor habría hecho con quedarse en Quito que con venir á Babahoyo á ser testigo de la destrucción de su columna lateral. Cualquiera cadete en lugar de Aymereich, habría buscado á Sucre habría aceptado el combate; y si esto no hubiese tenido lugar y si él no hubiese tenido por conveniente atacar á Sucre, lo habría tenido en constante alarma lo habría obligado á maniobrar, lo habría arrojado sobre González sin perderlo de vista, ó le habría obligado á repasar el río grande. La reunión de los dos cuerpos se habría efectuado y habrían adueñándose de todo el país desde Yaura á Savaneta, cubierto de ganado y de caballos, y Dios sabe lo que habría sucedido después. Veamos ahora lo que ha hecho Sucre.

Tampoco se puede concebir cómo es que Sucre que no había tenido por conveniente atacar al enemigo, completamente desmoralizado con sus mil hombres muy entusiasmados, con el sorprendente suceso de Mires hubiese cometido la imprudencia de emprender nueva campaña, un mes después, sin haber engrosado sus filas con un solo hombre. El momento oportuno había pasado: ya que no atacó inmediatamente después del triunfo de

Yaguachi no debió haber emprendido sobre Quito sino con fuerzas, cuando menos iguales á las de Aymerich, que se había retirado como un león herido pero no vencido; y que ardía por vengar la destrucción de González. Esperó á Sucre en ese mismo arenal de Huachi que un año antes le había sido tan funesto á Urdaneta, y obtuvo una completa victoria que no supo utilizar; pues si en lugar de irse á Quito á hacerse elogiar, hubiera bajado la cordillera con todas sus fuerzas cuando no teníamos doscientos hombres disponibles, es muy probable que habría sometido á Guayaquil y prolongado la guerra indefinidamente: pero la independencia debía triunfar.

Los patriotas redoblaron su actividad: en poco tiempo organizaron nuevas fuerzas capaces de contener al enemigo y mandaron buques á Panamá á traer la división «Córdova» destinada á Guayaquil.

Aymerich también dejó pasar sin aprovecharla, la hora más oportuna. No habiendo emprendido de firme en seguida de segundo triunfo de Huachi, no debió haber mandado al Coronel Tolrá con solo 2500 hombres en Noviembre, cuando ya se le podía poner alguna resistencia y cuando se

acercaba la inundación de las Sabanas.

Tolrá llegó hasta Baba. En lugar de ganar tiempo, lo perdió conversando con Sucre que se le presentó por decirlo así, con una escolta y volvió al interior en diciembre, sin haber hecho cosa de provecho á la causa que defendía.

XIII

EN abril de 1822 Sucre emprendió nueva campaña por Santa Rosa y Loja, con la división «Órdova» elevada á dos mil quinientos soldados á juntarse con mil y quinientos más que el Perú le mandaba á las órdenes del Coronel Santa Cruz y que mucho á contribuido al éxito de la campaña.

Loja y Cuenca no opusieron la menor resistencia. En las inmediaciones de Riobamba la caballería española fue muy maltratada por la del ejército combinado y el 24 de Mayo se selló la independencia de Colombia con la victoria de Pichincha.

La ocupación de Quito produjo el inmediato sometimiento de Pasto sin más efusión de sangre realizando así el concepto de Cordero. «Muy tarde ó nunca, había dicho antes del 9 de Octubre de 1820, las fuerzas del

«Norte someterán á Pasto; si no se
«les abre paso por aquí».

El 11 de julio de 1823 llegó el General Bolívar (f) á esta ciudad con cinco mil veteranos: pocos días después llegó el General San Martín; y así esos dos héroes de la independencia que habían salido el uno del Orinoco y el otro del Plata, marchando de triunfo en triunfo vinieron á encontrarse al extremo opuesto, para dar la última mano al triunfo del Perú donde se habían reconcentrado los hermosos é imponentes restos del grande ejército real en América. Solo faltaba Junín y Ayacucho. Ayacucho! Rincón de sangre en que Pizarro y Almagro se habían disputado el imperio de los Incas: Remarcable coincidencia.

Se puede considerár como terminada aquí la guerra de la independencia de Colombia, Perú y Bolivia para ceder el puesto á vergonzosas guerras civiles que no merecen alternar con la anterior cuyo glorioso objeto era independizar un mundo opulento y desconocido para lanzarlo en el inmenso océano de la civilización y del progreso.

No cerraré esta breve reseña de la parte de los acontecimientos de esa

gloriosa época, sin llamar la atención del lector al rol que ha desempeñado en la independencia Sud-americana la revolución de la pequeña ciudad de Guayaquil meditada, emprendida y empujada por solo nueve hombres sin más recursos que su valor: sin más estímulo que su amor á la independencia. A mí no me es permitido hablar de este rol: la parte que la casualidad me ha asignado en él, y que he desempeñado á mi entera satisfacción me lo prohíbe; pero cómo dejar de indicar siquiera, que esa revolución ha sido inmediatamente seguida por la de todo el norte del Perú favorecida desde Paita, por una compañía del batallón Numancia mandada por el Teniente Antonio de la Guerra, (después General) con lo que el General San Martín se halló de golpe al abrigo de todo peligro por esa parte y que ha producido el sometimiento de Pasto que había sido inabordable hasta entónces y que tanta sangre había costado á Colombia.

Los nueve hombres de quienes he hablado, que, como jefes de la revolución han cobrado con toda energía á la vista del banquillo y cuyos nombres no deberían caer en absoluto olvido, son:

El Capitán León de
Febres Cordero Numancia.
El Teniente Coro-
nel Gregorio Es-
cobedo Granaderos difunto
El Capitán Luis
Urdaneta . . . Numancia ,,
Sr. Juan Francis-
co Elizalde (des-
pués Coronel). . Civiliano ,,
Sr. José Antepara ,, ,,
Sr. Francisco de
P. Lavayen . . ,, ,,
El cacique N. Al
varez Granaderos ,,
El empleado N.
Nájera Artillería ,,

y el que escribe estos renglones antiguo sargento primero de la primera compañía de reflejos voluntarios de la Luisiana omito expresar los nombres de los que han cooperado poderosamente al éxito de la empresa, porque basta con decir «todos los hombres de Guayaquil» colocado en primera fila el padre Cumplido de la Merced, que había errado su vocación sin duda, pero cuya arma en la revolución fue «la palabra». El Sr. Francisco Valdez comprometido en la revolución, ausente desde días antes, llegó al siguiente de efectuada y sirvió bien.

No es natural que el lector me reproche el que le haga saber aquí la suerte que han corrido siete de los nueve hombres de que acabo de hablar.

Escobedo murió de muerte natural en el Cuzco, pocos años después de Ayacucho; Urdaneta, cayó en la guerra civil; Elizalde, de muerte natural después de una larga y penosa enfermedad; Lavayen, de muerte natural después de una larga y honrosa carrera; Antepara cayó en la flor de la edad en el segundo Huachi; El cacique Alvarez, de muerte natural después de Pichincha; Nájera, de muerte natural no hace mucho. ¿Cuál será la muerte que espera á Cordero y á mí, únicos supervivientes de la primera Junta revolucionaria? «God only Knows».



NOTAS



(a)

Este fue el famoso General venezolano, Francisco Miranda, natural de Caracas; de quien el gran historiador francés Thiers dijo en su obra de la Revolución, que era un mulato peruano. No podemos suponer lo que le indujo á ese error; á menos que no fuese para lisonjear al distinguido escritor Dumas.

Los historiadores con frecuencia cometen ligerezas inconcebibles: Al. Lamartine en una de sus obras históricas, hablando de España repite la especie de que Godoy era el favorito de la Reina y un tocador de vihuela. Como Godoy, después Príncipe de la Paz, había ofrecido á su amigo y soberano Carlos IV no publicar sus propias memorias, antes de la muerte del hijo Fernando VII, que dilató mucho tiempo; el mundo literario las esperaba con impaciencia y las leyó luego con avidez. La Providencia prolongó la larga vida de Godoy hasta que pudo dar

al público sus escritos. En ellos dice, que nadie lo ha visto nunca tocar vihuela apesar de que mucho le alegraría poderlo hacer; y Lamartine, sin duda, no las había leído cuando escribió aquella falsedad.

Se sabe que Miranda salió joven de Caracas, y sirvió en España como militar. Por las memorias del General O' Higgins, que le conoció en Londres, ya de alguna edad siendo éste joven todavía, sabemos que sirvió en los Estados Unidos bajo las órdenes de Washington junto con el marqués de La Fayette. A O' Higgins, que después fue el que dió independencia á Chile, lo alentó en sus proyectos, y le dió utilísimas instrucciones que han sido publicadas.

Por los anales de la revolución francesa, consta que mandó en jefe las batallas de Jemmaps y Maestrick, donde el Príncipe de Orleans que después fue el sabio rey Luis Felipe, que gobernó la Francia por 18 años con aplauso, (se distinguió bajo sus órdenes). Cuando la revolución se encarnizó contra sus prohombres se vió él también amenazado de ser guillotinado y sufrió una larga prisión. Después se fue á Rusia donde Catalina II, lo acogió con tanta bondad que muchos han dicho que fue su favorito; pero él siempre habló con alto respeto de ella. Sin duda aquella noble reina, y mujer eminente, acogió con benevolencia las esperanzas del patriota caraqueño sobre la independencia de la América Latina, pues la franqueó recomendaciones para los embajadores de la Rusia en Europa. A eso debió el favor

III

de la Inglaterra en sus primeras tentativas sobre Venezuela y también seguramente á la circunstancia de haber tratado al marqués de Welesley que después fue Duque de Welington, á quien dió algunas lecciones de táctica militar.

Como Miranda era de color blanco, de aspecto distinguido y de vasta instrucción, puede asegurarse que no era inferior como caballero, ni por sus antecedentes á Dumouriez, Hoche, Bernardotte, Bonaparte y los demás Generales de la República Francesa y tenía como todos éstos el espíritu heroico y aventurero que distingue á los grandes hombres. Por eso el Emperador 1.^o que sabía distinguir el mérito y realzar la gloria colocó su nombre en el arco de la estrella para inmortalizarlo, como á todos los demás Generales de aquella época.

A tan distinguido personaje le tocó la suerte de ser uno de los mártires de la independencia de su patria, terminando entre cadenas su gloriosa vida en las prisiones de Ceuta.

(b)

Palabras del General Suere en su parte de la Batalla de Pichincha:—«Entre tanto haré una particular memoria de la «conducta del Teniente Calderón, que «habiendo recibido consecutivamente cuatro heridas, jamás quiso retirarse del «combate. Probablemente morirá; pero «el Gobierno de la República, sabrá com- «pensar á su familia los servicios de este oficial heroico».

(c)

Debe ser mejor conocido.

Este Jefe conocía muy bien su arma (artillería). Establecida la Junta Suprema el 8 de Noyiembre, á las funciones de Vocal que desempeñaba el Sr. Jimena, la Junta agregó las de Comandante General del Departamento. Es justo decir aquí que recibió el sueldo menor cuando tenía derecho al mayor.

Supe á mi regreso que, ejercitada la Junta anterior por cartas que diariamente recibía del interior, se resolvió á emprender sobre Quito: nada estaba preparado al efecto: como Vocal de aquella Junta el Sr. Jimena se convirtió en jefe de maestranza, la organizó lo mejor que le fue posible, careciendo de todo; y puso la brigada de artillería en muy buen estado de campaña; pero si bien pudo suplir á todo, respecto á la brigada, no le era posible formar un buen jefe de artillería en quince días. La Junta no quería desprenderse del Teniente Coronel Torres Valdivia: la media brigada que marchó en la expedición de que se habla, carecía de un buen Jefe competente y esta falta no contribuyó poco á la pérdida de la fuerza expedicionaria.

(d)

Boletín de la División del Sur, del día 20 de Agosto de 1821 firmado por el ayudante general Cayetano Lestario.

«La división ha debido mucho á los conocimientos prácticos del ciudadano

José Garaicoa, quien sirvió con ellos muy oportunamente».

(f)

Tres partidos existían en la provincia en aquella época, sin considerar al partido realista que había perdido toda su fuerza con el triunfo de la revolución.

El partido á favor de la independencia absoluta que era, sin duda alguna, el más popular y el más fuerte.

El partido á favor del Perú que entonces no dejaba de ser respetable.

El partido á favor de Colombia que era el menos numeroso, pero que se componía de hombres resueltos. Apoyado este partido en el ejército de cinco mil hombres que trajo el Libertador debía necesariamente triunfar; pero no debe suponerse que ha triunfado sin que muchas personas muy comprometidas en los otros dos partidos se resolvieran á dejar el país: pasada la efervescencia que nunca falta en estos casos, varios volvieron á sus hogares; y esto me provoca á referir una escena que ha tenido lugar entre el Libertador, el Sr. Manuel Tarna y yo, á fin de que se conozca el temple de la gran mayoría de los habitantes de la provincia en esa época.

Un edecán vino á llamarme una mañana, apenas de día, en nombre del Libertador. Al entrar en el salón me encontré con el Sr. Tarna.—«No esperaba, le dije, tener la satisfacción de ver á Ud.»—«Llegué anoche del Callao, dijo, y vengo á presentarme al mismo Libertador, á fin

de salir de dudas de una vez».—El mismo edecán me condujo al dormitorio de S. E. —«No extrañe Ud. hallarme en cama tarde: Colombia está libre, je puis apresent dormir». (El Libertador siempre me hablaba en francés). «Vuelva Ud. al salón hasta que me vista».

Al oír sus pasos dejé al Sr. Tarna y fuí á su encuentro; sentado dijo:—«Con que, según me han dicho, ha llegado uno de esos . . .» Sin dejarle acabar.—«*Si Señor, le dije, el Sr. Tarna, uno de nuestros muy estimables vecinos: aquí lo tiene V. E.*» Invitó con la mano al Sr. Tarna á acercarse y á tomar asiento.

Después de un momento, dijo el Libertador á Tarna:—«Dígame Ud., Sr. Tarna, ¿por qué es Ud. tan enemigo mío?»—«Señor, contestó Tarna con mucho aplomo, «cualquiera que haya dicho á V. E. que soy «su enemigo, es un calumniante. Soy patriota: no puedo ser enemigo del Libertador de Colombia». El Libertador le agradeció el cumplimento con una ligera inclinación de cabeza.—«Pero lo es Ud. «de Colombia?»—«Menos Señor, admiro á Colombia; que nos deje nuestra independencia, y la ayudaremos á concluir su obra con más eficacia que sometidos á «ella».—«Pero no ve Ud. Sr. Tarna que «esto es imposible: tendrán Udes. que «pelear con la España y el Perú».—«Y «contra todo el mundo, Señor, si fuese necesario, siempre que Colombia nos deje nuestra independencia».—«Aseguráremos primero la independencia de la España: hecho esto cada una verá después «lo que mejor le convenga hacer: mientras «tanto deje Ud. que la cosa siga su mar-

VII

«cha actual». Se despidió Tarna sin darse por vencido del todo.

—«Este es un loco rematado, me dijo el «Libertador; pero es menester convenir en «que, en esta locura, hay algo de grande: «si así son todos los guayaquileños darán «qué hacer».—«No todos Señor; pero sí, «casi todos». Me dijo el Libertador el por qué me había mandado llamar y me despedí.

Por no volver al Libertador, voy á referir otro caso que hará conocer que no era siempre el hombre violento é inabordable que se dijo, sino al contrario, frecuentemente muy accesible y que escuchaba con agrado cualquiera expresión á favor de aquellos mismos contra quienes estaba prevenido.

En un tete á tete me dijo:

—«Desde muy lejos he venido preparado «contra D. Martín de Icaza y sus hijos: «los creía enemigos acérrimos de la re- «volución, y temía verme obligado á con- «tenerlos con medidas severas; pero des- «de que he visto al padre, he principiado «á variar de concepto».

—«Y cuando V. E. lo conozca mejor, la «prevención desfavorable que V. E. ha «traído, se convertirá en concepto muy «favorable. En pocas palabras diré á V. E. «quien es. Padre de una numerosa y res- «petable familia y con fortuna, ha perdido «en el incendio de Acapulco por Morelos «sobre veinte mil cargas de cacao que allí «tenía: ha llegado con esta considerable «pérdida á temer la revolución sin odiarla, «como á mí (aún también ha sucedido con las «pérdidas aunque menos considerables que

VIII

«me han hecho sufrir los corsarios insurgentes, tanto en el Pacífico como en el «Atlántico). Ha visto que aquí la revolución se ha efectuado sin hacer el menor «daño á nadie; ha dejado de temerla y «ahora teme á una reacción que pudiera «comprometer á su interminable descendencia y al resto de su fortuna como antes temía á la revolución».

—«Muy exacto es lo que Ud. acaba de «decir. Sé de dos casos iguales que han «tenido lugar en Colombia».

Pocos amigos ha tenido el Libertador en Guayaquil tan consecuentes como lo fue el señor Icaza.

Me había propuesto no hablar de los hombres sino cuando no lo podría evitar: la nota que precede, hace ver que no peço por exceso de consecuencia con mi propósito: el lector tendrá la bondad de dispensarme esta infracción considerando que he hablado de un hombre cuyo nombre eclipsará un día á muchos: y que me ha colmado de atención.

La poesía francesa le agradaba mucho: se había metido en la cabeza que yo la leía, no muy mal: era pues su lector. Cuando lo creía dormido, suspendía la lectura: -«Continúe, me decía, je vous écoute». A la tercera ó cuarta vez, cuando nada decía, cerraba yo el libro, lo dejaba sobre la silla, me llevaba la vela é iba también á dormir.

Se debe, pues, suponer que tanto de día como de noche he tenido muchos tete á tete con el Libertador; y si no temiera tanto escribir un libro (cosa muy peligrosa) agregaría muchos casos que no carecen de interés, como por ejemplo, el estar yo per-

suadido de que el Libertador caía frecuentemente en éxtasis. Creyéndole dormido le he oído decir cosas que sorprenderían si las repitiera: ruego á las personas que han estado tan inmediatas al Libertador como yo, y lean este cuaderno, recuerden si han tenido ocasión de creer lo mismo que yo.

Cordero

Otra vez pido al lector me dispense el que vuelva á hablar de mi amigo Cordero, no lo puedo evitar: es hombre que tanto aprecio que, mi pluma, rebelde á mi voluntad, trabaja por sí sola sin que lo pueda contener. No recuerdo quién ha dicho que á Tamerlán sólo le faltó un historiador como el que ha tenido César: pues yo quisiera ser el escritor que le faltó á Tamerlán para que con mi ayuda al fin el nombre de mi amigo pasara á la posteridad como lo merece.

Tengo mis chocheras como todos los hombres: dispéñeseme el que diga que desde muy joven mi chochera ha sido aquel *no se qué* que se llama *el honor* de que muchos se burlan y que otros tienen en veneración. Al cabo es una superstición como todas que sólo perjudica al que la tiene; pues he creído siempre que todo se debe sacrificar al honor y aún ahora, después de haber sacrificado todo al honor estoy en la misma íntima creencia.

Mi amigo Cordero, en este respecto es todavía más fanático que yo, y creo que éste es el vínculo que nos ha mantenido siempre tan estrechamente unidos.

Cordero sin faltar al honor, pudo haber

hecho una considerable fortuna, y últimamente, en la quinta Temperancia en que hemos pasado un mes juntos después de treinta años de separación hemos vivido principalmente de leche y plátanos á falta de otros alimentos más sustanciosos.

En esta quinta nos entreteníamos de nuestras conversaciones de cuarenta años atrás, y ahí fue que recordé que en una ó más de nuestras juntas revolucionarias para precipitar la revolución, había dicho:

—«Mucho tiempo he dudado del éxito de la revolución conociendo la superioridad de las tropas españolas sobre las insurgentes pero desde la victoria de Boyacá estoy convencido de que la revolución triunfará bien pronto.

«Esta victoria va á dar á los insurgentes mil otras. El ejército real ha sido vencido por fuerzas muy inferiores en número y calidad: antes de esta victoria, el patriotismo estaba adormecido, la opinión había enmudecido. Con ella el óño ha despertado, la ótra ha recobrado la palabra; y menos por efecto de las armas insurgentes que por esas dos potencias como auxiliares: el tremendo ejército real, cuya reputación tan bien adquirida en la guerra contra el imperio franco, y en esta misma, se eleva á las nubes, pronto será vencido. Una de las chispas lanzadas por el volcán de Boyacá ha incendiado toda esta importante provincia: (téngase presente que en esa época la belicosa provincia de Manabí hacía parte de la de Guayaquil): la revolución estaba en todas las cabezas. En nombre de la América os ruego, compañeros, de no dejar escapar tan favorable

«ocasión de hacerla un grande servicio
«lanzando ahora mismo la provincia de
«Guayaquil en la revolución; los dos ejér-
«citos de Colombia y Chile marcharán
«de triunfo en triunfo, hasta el alto Perú».

Tan profundamente grabado quedó este elevado pensamiento en la mente de Cordero que no hace dos meses dijo al distinguido General Tomás Carlos Wright las siguientes palabras: —«Yo me hallaba «en el Perú al servicio de España cuando «los insurgentes ganaron la decisiva victoria de Boyacá: desde ese momento me «resolví á regresar á mi país para tomar «parte en la revolución. Tuve la fortuna «de legar á Guayaquil en el momento preciso; y la revolución del 9 de Octubre de «1820 fue el efecto necesario del incendio «que produjo aquí la primera chispa arrojada por ese volcán de Boyacá».

Después de haber escuchado á mi digno amigo el General Wright le dije:—«Hacen «cuarenta y dos años que oí las mismas «palabras de Cordero en varias de nuestras «juntas revolucionarias de esa época; Ud. «ve pues, amigo mío, que esto no es nuevo para mí».